

P. Bruno G. Renzi, H.S.M.I.

Vida y Espiritualidad del Fundador José Frassinetti

Hijos de Santa María Inmaculada
Andalgalá 2284-Buenos Aires-687.2212
Casa de Formación "Belén"
1989

PRESENTACIÓN

Padre Bruno G. Renzi ha sido sacerdote-educador, sacerdote-pastor, servidor fiel de la Congregación.

Nació en una ciudad de Umbría, al centro de Italia, en 1915. A los 12 años entró en la casa de los Hijos de Santa María Inmaculada en Lugnano como aspirante al sacerdocio y finalizó su preparación en 1939, siendo ordenado sacerdote en Génova.

Ha sido un estudiante con talentos y óptimos resultados. Desarrolló su servicio sacerdotal en tres etapas:

- * Por seis años se ocupó de los profesores estudiantes, con mucha dedicación;
- * Por 29 años trabajó en el Instituto Antonio Piccardo de Génova como docente, rector, director general, presidente de la Asociación de Institutos Católicos de Liguria;
- * Por 11 años ayudó en tareas apostólicas en Fiumicino. Aquí se ha brindado a todos de mil maneras.

El entusiasmo de su sacerdocio ha sido constante en su servicio: siempre dispuesto a escuchar, sensible a la amistad, fiel en el ministerio de la reconciliación. Tenía el gusto de la liturgia que preparaba con mucho cuidado con el coro parroquial, constante en la visita a enfermos y ancianos.

Los feligreses de Fiumicino han comprendido la preciosura, la delicadeza, la atención sacerdotal del P. Renzi para con ellos y, como signo de agradecimiento, no lo han dejado nunca solo durante su última enfermedad.

Dentro de la Congregación el P. Renzi ha sido una verdadera columna por su dedicación y por los oficios asumidos:

- * Consultor general desde 1953 hasta 1959;
- * Vicario general desde 1959 hasta 1988;
- * Procurador ante al S. Sede desde 1975 hasta 1987;
- * Postulador para la beatificación de Frassinetti desde el '79 hasta la muerte: 9 de junio de 1988.

Esta última tarea lo ha comprometido con entusiasmo en el estudio de la vida y de las obras del Siervo de Dios. Deja valiosos estudios, además de la preparación y publicación de las obras ascéticas del Fundador en dos tomos.

La introducción a estos tomos, publicados en Roma en 1966 por la Congregación directamente, es lo que presentamos aquí en castellano.

EL SIERVO DE DIOS JOSE FRASSINETTI.
Primera parte BIOGRAFÍA

La familia

Pablo José María Frassinetti nació en Génova en el distrito de la Parroquia N. S. de las Viñas el 15 de diciembre de 1804 y murió el 2 de enero de 1868.

Fue el primero de diez hijos: sobrevivieron solo cinco. Cuatro de ellos llegaron a ser sacerdotes; la única hija, la fuerte y dulce Paola, fue fundadora de la Congregación religiosa de las Hermanas de Santa Dorotéa: Pío XI, en 1930, la elevó a los honores de los altares y Juan Pablo II, en 1986, la canonizó.

La base familiar no podía ser más rica y espléndida de vida cristiana, alimentada por la fuerte fe del padre, Juan Bautista y de la muy dulce piedad de la madre, Angela Viale, que guiaba a sus hijos uno por uno, a medida que iban llegando, al santuario de la "Madonnetta" (la Virgencita), para consagrar el corazón a María.

Cura - párroco

José no olvidará jamás aquel dulcísimo rito y lo hará revivir, con profunda emoción, como sacerdote, a una multitud de niños reunidos en el mismo templo, para ofrecer su corazón a María.

De sus sesenta y cuatro años de vida, cuarenta y uno los empleó en el ministerio sacerdotal, y la modesta y pobre parroquia de Santa Sabina en Génova llegó a ser por treinta años el centro polarizador e irradiador.

Había sido nombrado Párroco en 1839, como consecuencia de un concurso. La Iglesia de Santa Sabina fue encontrada por Frassinetti en un estado de completo abandono.

El restituyó con prontitud al honor, la casa de Dios.

Antes había ejercido el ministerio por breve tiempo en San Esteban, en Génova, después, desde 1831 a 1839, como Párroco en Quinto. Aquí había conducido consigo a la hermana Paola y es aquí que ella, con la ayuda y bajo la guía de su hermano, dio inicio al Instituto de Santa Dorotea.

La personalidad

Su vida no fue para nada movida ni se parece a aquellas que se dividen en una cierta variedad de episodios que la caracterizan. Fue muy simple y común, podemos decir sin ruidos, pero intensa y luminosa como su caridad, cuyo ejercicio se realizaba en forma tan silenciosa como heroica, no solo por la naturaleza que lo hacía despojarse de todo para sus pobres sino también por la total generosidad con la cual estaba dispuesto a donar hasta su vida. De esto dio prueba en situaciones dramáticas durante el cólera del 1835-37 y también en 1856.

No salió de su Génova sino muy raramente y solo por razones de ministerio pastoral: de cualquier forma jamás se alejó más allá del radio de unos 60 kilómetros, pero su fama había superado los límites de Italia.

Sus escritos contienen muy pocas referencias autobiográficas que sirven para reconstruir un personaje desde el interior: sin embargo justamente de sus escritos se pueden recoger desde el punto de vista doctrinal, humano y espiritual, las líneas más profundas de su rica y fuerte personalidad.

Ciertamente, la simplicidad y la amabilidad con que son redactados sus escritos forman en el lector una impresión de reserva y casi distancia, la misma que se prueba al primer encuentro con su imagen de ojos profundos en un rostro pálido como de asceta.

Su retrato es de los últimos tiempos de su vida: él jamás quiso ser fotografiado.

Los biógrafos y los textos de los procesuales para la causa de beatificación concuerdan en decirnos de la "amabilidad de su carácter" y al mismo tiempo de su forma reservada casi virginal que infundía "mucho respeto". La impresión que uno tenía después de haberlo visto quedaba imborrable por su compostura y amabilidad.

Tuvo por naturaleza un carácter muy fuerte - así decía de él la hermana Paola - y aquel fuego que le quemaba adentro quedó por toda su vida, pero con otro objetivo: un arder con amor de Dios.

El Pueblo se dio cuenta en seguida que en aquel cuerpo, hecho seco y demacrado por la penitencia, vivía un alma ardiente y dominadora. Era un acercarse a él "a todas las horas" de gente de todo estado, toda condición, cultura, religión, tanto que la iglesia de Santa Sabina no alcanzaba a contenerla toda.

La época histórica

Se encontró viviendo en un siglo que por varios aspectos fue de gran altura y por eso mismo de grandes problemas, por la tumultuosa decantación de todo aquello que un mundo en ferviente crecida hacía refluir como heredad de tiempos

pasados y como levadura de nuevos.

Los primeros cuarenta años de aquel siglo, con razón fueron juzgados los más confusos, también para el clero.

Hubo en "este siglo, observaba el Cardenal Siri, un dato fundamental: el ochocientos vio consumirse totalmente el divorcio entre el ordenamiento eclesiástico y el civil y el cambio fue grave, porque ponía a los miembros del clero opciones que no eran siempre fáciles" y para las que a menudo muchos no estaban preparados.

Sobre esta base de fondo, que ya por sí misma significaba dificultades y motivaba desorientaciones grandes, se iban insertando para Italia los hilos de los acontecimientos históricos para la unidad nacional que de por sí era justa y válida.

Pero desde el principio comenzaron las dificultades entre el particularismo conservador de la restauración y las solicitudes y movimientos, hasta violentos, por la libertad constitucional; después tuvo que pasar, por el fuego purificador de los programas y acciones para conseguir la independencia de la unidad patria; en ellas estaban envueltas teorías históricas, políticas, filosóficas y hasta teológicas. Estas a veces equivocadas o no pertinentes, a menudo motivadas, cuando no directamente exaltadas por instancias pseudoproféticas de innovador. Y todo esto vivido con intensidad de compromisos y pasiones haciendo a menudo degenerar la confrontación de ideas y programas en tensiones violentas y confusas.

El vivió casi todos sus años en este clima. Se mantuvo totalmente al margen de los movimientos políticos como tales y no por insensibilidad patria o porque fuera un rígido conservador, sino porque juzgó que esto no entraba en sus tareas.

Dice el Cardenal Siri: "Frassinetti fue todo, solo y, por sus tiempos, tenazmente sacerdote. Él era un pastor un pastor de almas y entonces estimó su sagrado deber ocuparse solamente de aquellos aspectos doctrinales y prácticos que los movimientos, llamados liberales, determinaban en orden a la vida espiritual y moral del laicado y del clero.

Supo discernir con claridad de visiones las cuestiones meramente temporales y políticas de los superiores intereses religiosos y no permitió que estos fueran jamás subordinados a razones políticas.

Por este motivo, y solamente por este, atacó y lo hizo hasta el final - a hombres políticos como Gioberti, contra el cual escribió el célebre "Ensayo entorno a la dialéctica y a la razón de Vicente Gioberti" (1846) que le desencadenó en contra las iras del más equivocado cura del siglo pasado, y de todos aquellos que compartían el mismo pensamiento. Nació una polémica muy violenta en la cual participó con nobleza de altura pero pronto padeció las consecuencias: ya mirado de reojo por los seguidores y especialmente los familiares de Mazzini, por su lucha abierta, contra el jansenismo, fue envuelto en la indigna y violenta persecución que se desató en Génova con furor, primero contra los Jesuitas y las Congregaciones religiosas, que fueron disueltas, y después contra los simpatizantes de los Jesuitas, de Sturla y de Frassinetti: así el 18 de marzo de 1948 fue obligado a tomar el camino del exilio por un año.

Fecundidad del exilio

Dios que escribe derecho con líneas torcidas permitió que este tiempo resultara de gran ventaja para él y para los suyos. De hecho su espiritualidad, toda dirigida siempre a nuevos encuentros con el Señor, tuvo la posibilidad de concentrarse en íntima oración de tal forma que le hará definir aquel período como "el más feliz" de su vida.

Además la austeridad que ordenó su vida, ya caracterizada por un estilo de franciscana pobreza desde chico, le regaló una más exquisita sensibilidad en el gusto y en el amor por la cruz, que le permitirán entrar a fondo en el espíritu de las mejores páginas de San Juan de la cruz.

También fue en aquel tiempo de exilio en el cual el "se enamoró" de las obras de Santa Teresa de Ávila.

El descubrimiento de Santa Teresa tuvo una grandísima importancia en la vida y en las obras del Siervo de Dios. De la meditación de aquellas páginas el sacó alimento para sus discreciones, su medida y ponderada prudencia que constituyen el admirado fondo psicológico de todos sus escritos y en particular de su "**teología moral**".

Sin aquel obligado exilio, durante el cual escribió las primeras páginas, no tendríamos para nada aquellas obras principales, que lo puso entre los más insignes escritores de teología moral y que obró un bien muy valioso en la vida de la Iglesia.

Del estudio teresiano sale a su tiempo además la obra magistral de su doctrina ascética "**el Padre Nuestro de Santa Teresa**" que revela más que cualquier otro escrito las profundidades espirituales de su alma, toda orientada a la santidad perfecta y tomada por el ansia y la voluntad de conquistar para Dios el mayor número posible de almas, a través de la vía purificadora y elevante de la oración.

Acción pastoral

Su acción se colocó en un plano totalmente religioso y eclesial. No se generó en un esquema genérico de una pastoral cualquiera ni según líneas de apostolado genérico e impreciso como método y como finalidad. Considerando los problemas espirituales y las necesidades pastorales más urgentes, sobre estas y aquellos concertó su actividad con claridad de ideas e intenciones y puesta en

obras de criterio de apostolado y de medios, en relación a los tiempos nuevos y renovadores.

El primer problema fue la formación espiritual y cultural del clero y en modo particular del clero joven, por el cual tenía mucha inquietud de apostolado desde el alba de su sacerdocio. En verdad esta era una prioridad para la vida de la Iglesia y de Génova en especial.

Esta, que tenía maravillosos sacerdotes por su santidad y doctrina -entre ellos Antonio María Gianelli, que llegó a ser beato y otros que están en el camino para serlo - se sentía agitada por fermentos y rumores que le hacían vivir un clima de tensión espiritual no constructiva.

Y no nos referimos a ciertas ideas apostáticas - como aquella de Cristóbal Bonavino, que fue más efecto que causa de la crisis del clero - cuanto a las fracturas espirituales más profundas, que se habían producido por aquella interdependencia de política y religión que entraban en la vida pública, creando en el clero contrastantes y apasionadas tomas de posiciones; sobre todo nos referimos a los influjos del liberalismo sobre la mentalidad y la disciplina, especialmente del clero joven, que comprometían gravemente su formación.

El liberalismo del '800 de hecho, alimentándose de la crítica racionalista, estaba amenazando las bases mismas de la Revelación. Desde el positivismo además se había derivado una posición agnóstica acerca de las verdades de orden sobrenatural y escéptica a las seguridades de los principios de la moral. Habiendo, por último reivindicado a la libertad su ser absoluto, se había liberado de toda dependencia del orden divino y de toda obligación religiosa.

El catolicismo había llegado así a perder el acuerdo con los valores de la cultura y el mensaje cristiano, a muchos espíritus, aparecía como algo superado que no podía tener ningún interés y valor para un hombre moderno, iluminado por la luz de la ciencia y de la filosofía.

Se añadía a todo esto un resto sensible de Jansenismo que en la vida política ligere era "revolucionario y publicano", en la vida eclesial era en algún momento teológico y eclesiástico, en otro momento momento moral y místico, en otro momento histórico y rigorista para terminar en aspectos totalmente políticos.

La crisis se había extendido, en consecuencia, al campo vocacional, motivando una preocupación y alarmada ansiedad por el vacío que se iba haciendo en los seminarios.

Pastoral vocacional

Frassinetti desarrolló dos planes de trabajo: el primero dirigido a la acción a largo plazo para fortalecer las filas del clero; el segundo a una acción intensa y penetrante para la santificación y actualización cultural del mismo clero.

En cuanto al primero: sintió el problema vocacional y lo indicó apasionadamente como "la suprema necesidad del día" juzgándolo uno de los vitales intereses de la Iglesia. Se ocupó del problema en varios escritos, analizando sus causas e indicando las soluciones con líneas programáticas de trabajo que anticipan con clara visión las directivas del decreto conciliar "optatam totius".

De hecho proyectó el problema vocacional como "problema de la Iglesia", es decir como aquello que hay que resolver con una acción concordada de oración y de actividad pastoral en la cual fuera y se sintiera unido todo el Pueblo de Dios: laicos, sacerdotes, obispos.

Dijo que hacía falta una asociación vocacional de carácter nacional, de la cual fueran promotores y animadores los obispos.

Indicó criterios de opción para la vocación de niños, a cuyo cuidado no se cansaba de exhortar a los párrocos. Sugirió métodos para la formación y la perseverancia de los candidatos o de los especialmente llamados y de los adultos. Enseñó que las vocaciones van sostenidas con sacrificios personales concretos.

El mismo dio su ejemplo. Los recibía como huéspedes hasta en el campanario de la Iglesia, cuando estaba ocupado todo lugar de la casa parroquial; recibía a los adultos que querían ser sacerdotes y les enseñaba latín y filosofía: sabía encontrar tiempo para todo.

El siervo de Dios procuró facilitar la actuación y la difusión de estas ideas, casi en la totalidad ideas nuevas para su tiempo. Lo hizo fundando asociaciones y pías uniones de las cuales pudieran nacer vocaciones sacerdotales y religiosas. No le importaba si muchas o pocas o hasta una sola: "aún un solo sacerdote - escribía- puede hacer un bien grandísimo" entonces aún un solo sacerdote sería "un bien notable para la Iglesia".

Entre estas instituciones hay que señalar en primer término la "Pía Unión de los Hijos de Santa María Inmaculada" fundada por él en Santa Sabina el 14 de noviembre de 1860 con tan sólo cuatro jóvenes. Ella se proponía formar laicos que, encarnando con mucho coraje el ideal evangélico de la castidad perpetua, de la práctica de la pobreza y de la obediencia, tendieran a conseguir la perfección cristiana y se rindieran disponibles operadores del evangelio para llevar almas a Dios con el ejercicio de la caridad.

En seguida creció fuerte por número de asociados y por intensidad de vida espiritual, tanto que el Prior la transformó en "Obra de los Hijos de S. María Inmaculada".

"Una creación espiritualmente maravillosa -comenta el Card. Santiago Lercano- : jóvenes laicos que viviendo en común una vida ejemplarmente religiosa y poniendo en común el fruto de su trabajo diario, traían medios para sostener a

los candidatos al sacerdocio en el curso de preparación".

De esta, como de otras instituciones suyas el Prior tuvo solamente la alegría del sembrador, no la alegría plena de aquel que cantando cosecha las mieses. Pero aquella Obra, bajo la dirección firme del P. Antonio Piccardo, donó centenares de sacerdotes a la Iglesia (420 sacerdotes de los cuales 20 misioneros en América, India y China; 51 Religiosos, 4 Obispos).

El Papa San Pío X, en 1904, por "motu proprio" erigió esta Obra en Congregación religiosa de derecho pontificio.

Formación del Clero

La santificación y la actualización cultural del clero fue el otro objeto de su vida. Desplegó una actividad con tanto amor hacia sus hermanos en el sacerdocio y con tal intuición de las exigencias de los tiempos nuevos, que solo bastaría para coronar toda su vida santa.

Notable la producción editorial: obras de poderosa altura como el "compendio de teología moral" y "El manual práctico del párroco novello" que colocaron la primera de sus obras al lado de San Alfonso y la segunda al lado de "las reglas pastorales" de San Gregorio Magno. El "Compendio de teología Moral" fue editado en 1865-66 en dos tomos, en 1898 había alcanzado el número de 32.000 ejemplares, absolutamente insólito para esos tiempos.

Otra obra de suavísima y penetrante espiritualidad fue como el abrirse de un tesoro para el clero "Jesucristo, regla del sacerdote".

Obras de agudo análisis y de propuestas de renovación fueron "Observaciones sobre los estudios eclesiásticos", "Reflexiones propuestas a los eclesiásticos" y "Breves palabras a sacerdotes hermanos".

En estas obras no se sabe que admirar más, después del celo que las dictó y la santidad del Autor que de ellas trasluce: si la extensión de la doctrina o la agudeza analítica, si el gran equilibrio entre ideas y praxis o la iluminada sabiduría que, apoyándose sobre la solidez de la tradición, mira a metas métodos nuevos rechazando aquello que el llama "ascetismo del engaño".

Muchos son de hechos los curas que esperan todo de Dios -se queja Frassinetti- o que se encierran en un tradicionalismo de acción, que rechaza y censura "todo aquello que hace 100 años no estaba en uso, ignorando las carreras de los tiempos y los cambios enormes". Es tiempo de pasar -afirma- a una acción nueva para tiempos nuevos. Pero con criterio y sin manías desordenadas porque no siempre lo que es nuevo es válido.

El Card. Mercier mostró esta sabiduría del Prior a sus sacerdotes, para que supieran discernir cuando la novedad significa evolución en la Iglesia y cuando no.

Actividad organizativa

A la actividad editorial asoció la actividad organizativa. Debe ser recordada aquí la fundación de la "Congregación del Beato Leonardo de Puerto Mauricio", realizada con P. Sturla para formar un clero joven, lleno de celo, de unidad y fiel, como "un buen instrumento en las manos de Dios".

Dentro de ella organizó la academia de estudios eclesiásticos, en cuya cátedra se sucedieron los nombres más grandes del clero Genovés por doctrina y grandeza de vida cristiana.

A pesar de que se le haya hecho muy difícil la existencia, hasta cesar la actividad en 1847, a lo largo de dieciséis años la Congregación en Génova fue el ferviente cenáculo en el cual participaban los mejores jóvenes, las más válidas inteligencias y renovó desde lo hondo la espiritualidad del clero.

La riqueza de vida interior de los jóvenes reunidos, alimentada por la diaria meditación, hecha más fuerte por la Comunión y la adoración eucarística, se volvió

benéfica para toda la ciudad. En particular creció fuertemente la catequesis para los niños y la sacramentalidad. Se prestó asistencia a los condenados a los trabajos forzosos en la dársena, donde había entre 700 y 800, y a la cantera de la Foce, donde trabajaban alrededor de 200 de ellos.

El ministerio hacia los presos Frassinetti lo había iniciado cuando era recién ordenado. Impactó en Génova la Sagrada Misión por él predicada en 1828, como sacerdote inscripto en la Congregación de los Misioneros Urbanos, en la Parroquia N. Sra. de la Consolación. Durante la misma logró acercar a los Sacramentos hasta los presos de la cárcel de San Andrés.

La Congregación del Beato Leonardo también pudo realizar en parte aquella unión entre el clero de la cual el Prior fue un infatigable defensor y propugnador.

Servicio parroquial

Todo este fervor de trabajo no quitaba para nada el compromiso pastoral que el tenía como párroco para su rebaño. En las distintas biografías se pueden encontrar las ilustraciones de la intensidad de su vida toda entregada a las almas que Dios le confió. El primer don que el hacía a ellas era la constante luminosidad de su ejemplo, como modelo perfecto de todas las virtudes humanas y sacerdotales. El brillaba de tal forma en las virtudes que resulta difícil decir cual era su característica: entre su inmaculada pureza, su ardor eucarístico, su humildad y pobreza, el incontrolable apego a la fe y al Papa que lo hacía dispuesto a sellar con su sangre su amor declarado, su ternura confiada a la devoción filial de María, aquel equilibrio perfecto que supo realizar en sí mismo capaz de asignar siempre su verdadero lugar en su pensamiento y en su actividad a las características de la naturaleza y de la gracia, a las pasiones, a las virtudes, a la imaginación y a la inteligencia, al corazón y a la voluntad, a las criaturas virtudes, a la imaginación y a la inteligencia, al corazón y a la voluntad, a las criaturas y a Dios por el cual resulta un conjunto armonioso que para el alma es paz y fuerza y para quien observa desde afuera es espectáculo de unidad y de belleza. Realmente difícil de decirlo.

También dejamos a las biografías el reconocer la multiforme actividad de su ministerio, que no dejó descubierto ningún sector de la vida parroquial.

Simplemente podemos observar que la dedicación a su rebaño - alrededor de 1500 almas- engendró en su ánimo proyecciones más amplias y programas de trabajo de un horizonte extenso que el no previó.

Del contacto con aquellas almas y con las muchas que a él se dirigían adquirió una profunda conciencia de la espiritualidad de su tiempo y comprendió con claridad que desde los tiempos del Renacimiento jamás el espíritu había tenido mayor fuerza y libertad como en su tiempo; por otra parte era cierto que el vacío agnóstico, creado por las ideas mutables del pensamiento filosófico, se había acabado en un inmenso y perdido vacío del alma, para la cual no le servía utilizar todos los bienes terrenales que la sociedad ofrecía con su desarrollo industrial.

Apóstol para todos

Con todas sus fuerzas se puso a trabajar. Habló con gran simpleza al hombre del siglo XIX del plan de salvación concebido por el Padre y realizado por Jesucristo. A todos habló de la estupenda realidad de su vocación sobrenatural de Hijo de Dios, del infinito amor del Padre en Cristo Jesús, en quien todos hubiesen podido encontrar su autenticidad como hijos del Padre celestial, con la posibilidad de elevarla hacia la perfección de la caridad.

Esta es la esencialidad de los contenidos de su acción ascética que llevó a las almas no con el ímpetu de un gran río, sino con muchos pequeños y grandes arroyos que corrieron por todos lados frescos y límpidos. Realmente este apóstol, mediante sus escritos, llevo el ideal de la auténtica vida cristiana a cada espíritu y dentro de "cada casa".

Su "**Consuelo del alma devota**" fue como un abrirse de par en par de las puertas de la santidad, cerradas por el Jansenismo a todas las almas. "**La monja en casa**" y "**El Religioso al siglo**" fueron estimulantes propuestas de metas fuertes de vida interior y de apostolado laico.

"**El Padre nuestro de Santa Teresa**" y "**El Paraíso en tierra**". "**El banquete del amor divino**", con toda la variedad de múltiples folletos, libritos (algunos de ellos traducidos en varios idiomas con gran número de copias), indicaron a los hombres del árido siglo racionalista y materialista los caminos en los cuales se encontraba Dios vivo y verdadero para gozar de la inefable intimidad.

Caurro, comentando la eficacia de este trabajo desarrollado por el Párroco "para que todos aprendieran el arte de hacerse santos y hacer santos a los demás", escribe "él hace revivir en todos el amor a Jesús y la devoción a María, la difusión de la santa virginidad, la práctica de la comunión frecuente".

Además es cierto que el haber difundido la frecuencia a la Eucaristía significó dar el golpe decisivo a cuanto todavía existía de Jansenismo, y el haber difundido la verdadera devoción mariana fue el haber marcado fuertemente el paso al proselitismo protestante que en los años 1859-69 había tenido en Génova sus empujes más fuertes.

El Párroco, a esta unión de fondo, añadió aquella de la intervención inmediata para enfrentar a aquella otra acción pequeña, pero no menos organizada y planificada, desarrollada por quien luchaba contra la fe y la Iglesia, abriendo profundas heridas en el Pueblo de Dios.

Su dolor frente a tanto mal llegaba a ser una revolución, tanto más violenta cuanto más tenía que reconocer que mientras la impiedad se hacía avalancha, unida y fuerte, rica en medios, los hijos de la luz se presentaban "débiles", "desunidos", "aislados", "miseros". Los otros usaban de todo: "sátiras, sarcasmos, carcajadas", "Donde no llegaban las palabras, enviaban libros, las más cómodas y elegantes ediciones, las menos costosas".

Como se ve Frassinetti no teoriza, describe duramente la realidad para movilizar. A idea contrapone idea. A praxis, praxis. A método, método. A medio, medio. En seguida.

"Cuando el adversario – dice - encuentra viva resistencia a todo asalto y en todo lado donde golpea es rechazado, ya se puede considerar vencido".

Asociaciones

Y se ponía en acción él y ponía en movimiento a los otros. Uniones, asociaciones, organizaciones, de las cuales sería larga la lista, que fundaba de vez en cuando, servían todas a esa finalidad. Procuraba invadir y movilizar todo ambiente, todo estrado social, toda edad, pero especialmente la juvenil, que veía más hábilmente insidiada.

Pero como podía seguir cuanto creaba?

Mientras tanto creaba, después de haber pedido humildemente consejo: la humildad -lo sabía bien- es el primero y más seguro fundamento para que toda realización sea y permanezca cuidada por Dios. Después oraba mucho. Y a la sombra del Sagrario, visitado hasta muy tarde, se componían reglamentos, normas, estatutos, así que cada asociación tenía una vida organizada y por consiguiente autónoma.

Su humildad y oración explican además el coraje sacerdotal con el cual pedía compromisos profundos y fuertes a cuantos querían entrar a pertenecer de sus Uniones: explícitamente él exigía de ellos el firme propósito de rechazar todo pecado, aún el simple pecado venial advertido. Tanta era la seriedad, sin medios términos, de testimonio cristiano que el requería y la fuerza vital de gracia que quería hubiese en las Asociaciones.

Puestos estos fundamentos comenzaba el camino. Seguía con metódica asiduidad las Uniones con finalidad muy comprometida, en las otras, después de haber "multiplicado los brazos" casi desaparecía, a pesar de que quedaba como el alma.

Cuidaba con silencioso y constante esfuerzo la vida interior de cada una y, con su presencia, realizaba un poco en una un poco en otra, nuevas animaciones; abría perspectivas, examinaba dificultades y problemas, transmitiendo en cualquier lugar todo el coraje, el empuje de fuerte apostolado que lo convertía en apóstol sin miedo.

Escribe Fassiolo: "El era el alma de todo, asistía a todas las reuniones que eran muy frecuentes, proponía nuevos medios para actuar". Las asociaciones de incremento y conservación de la fe católica se articulaban en cuatro áreas de actividad distinta, comprometiendo cuatro comisiones de dirigentes, sacerdotes y laicos. Cada mes había una reunión general pública en la cual participaba también el obispo quien se alegraba mucho al ver un buen número de sacerdotes y muy buenos seglares comprometidos.

Las dos uniones de su corazón, es decir de los Hijos y de las Hijas de María, eran seguidas por él con mucha constancia y atenta presencia.

Algunas asociaciones y pías Uniones no llegaron más allá de su muerte: por otro lado tenían una finalidad relacionada con el tiempo en que vivían, con el momento histórico en el cual habían surgido. Otras, por el contrario, sobrevivieron y existen todavía. De alguna de ellas tenemos que hablar bastante aunque sea en forma breve, por la importancia que tuvieron y tienen en la vida de la Iglesia o por ser manifestación significativa de su personalidad.

Mutuo socorro

La primera es la "Sociedad obrera de mutuo socorro" dedicada a San Juan Bautista, fundada por él junto con Mons. Magnasco. Fue entre las primeras de su

género que surgió en Italia y hoy tiene su sede en Génova, al lado de la Catedral. A nadie se le escapa la importancia histórica y social de la institución, que muestra la apertura del Siervo de Dios a las situaciones sociales: era el año 1854.

De este grupo de fervorosas chicas Don Bosco eligió el primer núcleo para fundar, junto con María Mazzarello, la Congregación de las Hijas de María Auxiliadora.

Fue escrito justamente que el reglamento redactado por Frassinetti para las Hijas de María de Mornese "miraba hacia arriba", de tal forma que la espiritualidad del pastor siempre tendió a la acción y al apostolado y coincidía con las propuestas de San Juan Bosco.

Incremento de la fe

Por el desarrollo que asumió en poco tiempo tuvo mucha eco la tercera obra es decir la "Pía Asociación para la conservación y el incremento de la fe". Ella valió para hacer frente a la propaganda protestante a nivel de publicación con la difusión de la buena prensa.

El arma de la prensa era formidable, en manos de los enemigos de la Iglesia. Era lógico que Él también la utilizara en defensa. No bajó nunca al plano de la polémica estéril o a la apologética sin sentido. Siempre se mantuvo en campo doctrinal con lucidez y sólidas argumentaciones. Dios solo sabe a cuantas almas le protegió la fe aquel famoso "**Compendio de teología dogmática**" que se difundió en millares de ejemplares y del cual muchos obispos se preocuparon por sacar copias.

Su apologética era como todas, su pluma, tranquila y serena, menos sobre un argumento: el Papa. Cuando habla de Roma la interior conmoción vence y supera la reserva de siempre. Salta con expresiones fuertes, de fuego, con saltos de potencia bíblica.

El enemigo, escribe, asalta con furor lo que más teme y quisiera que fuera mordido y traspasado el corazón de la verdadera cristianidad. Pero Roma es el corazón del Cristianismo y nosotros no podemos vivir de su sangre, sino dispuesta a dar la nuestra. Ella es la gloria de nuestro corazón y, diría, el éxtasis de nuestra alma".

Hijas de María Inmaculada

La segunda es la "Pía Unión de las Hijas de Santa María Inmaculada" que tuvo mucha fuerza en Génova y fuera de ella. Hoy existe en esta ciudad una rama más perfecta, es decir aquella que congregó en vida comunitaria a sus socias para mejor procurar la santificación con la observancia de los consejos evangélicos y atender a las obras de apostolado en la asistencia caritativa y en la catequesis de la juventud femenina.

El Párroco había fundado la Pía Unión en Santa Sabina en 1856, sobre el modelo de aquella que había nacido en Mornese, por obra de la muy devota Angela Maccagno que había preparado un borrador del reglamento. Este mismo reglamento fue revisado por Frassinetti, a él se lo habían enviado para la elaboración definitiva; y este lo extendió a las Hijas de Santa María de su parroquia como su norma de vida santificada.

En la Pía Unión de Génova pasaron almas muy piadosas de jóvenes y mujeres, de fuerte espiritualidad como Virginia Avio, Rosa Cordone, Rosina Pedemonte... de las cuales Frassinetti escribió breves biografías que Don Bosco quiso que fueran insertadas en la colección de las "Lecturas Católicas".

Entre estas santas creaturas no se puede olvidar a la sierva de Dios Rosa Gattorno, fundadora de las "Hijas de Santa Ana" cuya Congregación cuenta hoy con más de cuatrocientas casas en Italia y otros países. Ella fue directora general y muy amada de la Pía Unión, por voluntad del Párroco. Con él colaboró activamente en forma providencial en varias Uniones por él fundadas.

Entre las Hijas de María de Mornese hay que recordar a Santa María Mazzarello, elevada a los honores de los altares por Pío XII. Ella estuvo al lado de Maccagno desde el principio, modelando su joven espiritualidad sobre la Regla que Frassinetti había perfeccionado. El Párroco seguía a aquellas Hijas como confesor extraordinario.

Se entiende, bajo esta luz, como este hombre de fuego tenía la pluma en la mano día y noche; como compuso libros, folletos, hojas, quizás a veces transcribiendo literalmente en el folleto aquello que había puesto en el tomo.

Cuando de Francia y de Alemania le escribían para obtener la licencia para traducir sus escritos el Párroco sonreía: sin embargo no sabía de las reimpresiones que se hacían en Italia. Lo importante era llegar a cualquier lugar como los otros.

Aquella mirada larga para defender la fe, había proyectado también un diario católico y había dirigido una súplica a los Obispos para que realizaran el proyecto.

Amigo de Don Bosco

Era evidente que por necesidad de cosas, Santa Sabina había llegado a ser el Cenáculo y el centro de los más ilustres hombres de Génova y de afuera. En 1857 San Juan Bosco fue a Génova para conocerlo personalmente, del momento que ya conocía sus escritos y se inspiraba en ellos.

Con Él tuvo una gran unidad que llegó a ser de alma y de corazón. Lemoyne escribe " Frassinetti fue un gran amigo de Don Bosco. Eran tan parecidos en su espiritualidad, tan parecidos en la pedagogía ascética y en la estrategia del apostolado".

Don Bosco le dirigió la invitación a colaborar en las "Lecturas Católicas" y Frassinetti aceptó con generoso impulso.

Fue en Santa Sabina que Don Bosco conoció a P. Pestarino, el padre espiritual de María Mazzarello, con quien inició el encuentro que se terminó con la fundación de las Hermanas Salesianas. Y fue también a través de Frassinetti y del Siervo de Dios P. F. Montebruno, su amigo, que el Santo de Turín pudo madurar su fundación en Génova.

En Santa Sabina perfeccionaron su espiritualidad los Siervos de Dios Agustín Roscelli, Tomás Reggio, Jacinto Bianchi.

Con el Párroco mantuvieron siempre vínculos espirituales y de amistad: así como con el Obispo de Bobbio San Antonio María Gianelli, como lo demuestra la abundancia de su correspondencia: Este, ya profesor de retórica de Frassinetti, se dirigía a él y fraternalmente le pedía consejos y se los daba.

Apoyo para su hermana

A P. José naturalmente se dirigía su hermana, Santa Paola, con quien había compartido proyectos, actuaciones, sufrimientos y oraciones para el Instituto de Santa Dorotea y para las casas que se abrían. "No podemos determinar con certeza si la idea del nuevo Instituto surgiera primero en la mente de la Madre o en la del hermano, P. José. Lo cierto es que ... se pusieron de acuerdo muy bien... y que P. José ayudó a su hermana en la fundación", como fue escrito por la primera hermana. Tenemos varias cartas de Paola al hermano, pero lamentablemente ninguna del hermano a ella. A través de la sobria forma y brevedad de las mismas descubrimos situaciones que son resueltas y conducen al abandono en Dios y a una ardiente fe en Él.

La última tarea

Hacia el final de 1867 llevó a la imprenta el último escrito, su testamento de amor y de fe "**El banquete del Divino Amor**". Después lo atacó una pulmonía fulminante. El primero de año de 1868 recibió la Eucaristía como viático.

El dos de enero, mientras agonizaba "buscó con la mano ya fría la medalla de la Virgen que tenía colgada al cuello por medio de una soguita, la besó con mucha devoción... -escribió Fassiolo que estaba presente- poco antes de las tres de la tarde se durmió serenamente en el Señor".

Los que quedaron

"Era de aquellos hombres que no tendrían que morir nunca" escribió Ballerini.

Su hermana Paola estaba en Roma, fue tomada por sorpresa y escribió: "estoy serena... a veces estoy como obligada a recomendarle mis cosas".

Don Bosco lo lloró como su "bienhechor".

La Iglesia Genovesa cayó en un profundo luto. "Todos lloraban y pedían un recuerdo del el... otros decidieron recortar en pequeños pedacitos su cama de madera y su sotana" (Fassiolo).

Fue acompañado caminando entre la nieve hasta el cementerio de Staglieno "Todo el pueblo miraba su ataúd... muchos encomendándose a él como a un santo"(Fassiolo).

Así había terminado su vida terrenal el apóstol de la Eucaristía y del Sacerdocio, de la piedad mariana y de la vocación de todos los hombres a la santidad, de aquel que había gastado todas sus energías para que "la Iglesia estuviese presente en el mundo con el esplendor de la doctrina, de la santidad, del amor, del servicio maternal a todos, para llevar a todos a al salvación" (Vailati), de aquel que había empujado a los hombres a ver en la cátedra de Pedro la única soberana y segura fuente de la Palabra de Jesús Redentor.

Los Hijos de Santa María Inmaculada el 15 de abril de 1934 trasladaron los restos que ahora custodian en la capilla de su Casa Madre, el Instituto A. Piccardo en Génova, esperando que terminada felizmente la causa de beatificación puedan colocarlo en la gloria del altar.

Pío IX lo había definido, todavía en vida: "Sacerdote de probada virtud y de segura doctrina".

San Pío X: " personaje ilustre y sacerdote de excelente piedad y de singular doctrina".

Pío XI: "su nombre por sí mismo es una recomendación".

Pío XII: "sacerdote claro por santidad y doctrina, cuya memoria es realmente una bendición".

La dedicación a su rebaño engendró en su ánimo proyecciones más amplias y programas de trabajo de un horizonte extenso que él no preveía.

Segunda parte - TEOLOGÍA ESPIRITUAL

FUENTES DE SU TEOLOGÍA ESPIRITUAL Y SU USO

I. *La Sagrada Escritura

1.- Es la fuente primera, sobre la cual funda su doctrina. "Así como Dios está sobre el hombre igualmente la sagrada Escritura de Dios está sobre todas las escrituras de los hombres". Y mientras tanto quiere que se tome en las manos con "sentimientos de profunda veneración" y que se gusten todas las grandezas y bellezas, porque "las bellezas de la sagrada Escritura son espirituales, sus grandezas son divinas, sus elegancias son celestiales".

2.- Saca abundantemente del Antiguo Testamento y sobre todo del Nuevo.

a) Antiguo Testamento:

El libro de los Salmos tiene la prioridad en sus citas vétero-testamentarias. Por más que sea difícil establecer una teología de los Salmos, sin embargo Frassinetti ha encontrado aspectos doctrinales muy profundos, como el tema de la creación y de la Redención, el sufrimiento del justo, la venida del Reino. Toma con exquisita sensibilidad motivos de alabanza a Dios, de súplica y de agradecimiento.

Sigue la literatura sapiencial en la cual sabe encontrar sutilezas de suave espiritualidad y exhortaciones morales, con intentos de instrucción y de edificación.

Más sobriamente extra material de los libros históricos y proféticos, dando prioridad a Isaías.

b) Nueva Alianza:

Ella anima y alimenta todo su pensamiento ascético, tanto que es la fuente primaria.

Por un lado Mateo y Lucas, las cartas de Pablo, de Pedro y de Santiago le ofrecen material y sustancia de reflexión y de enseñanza ascética y están muy presentes en toda su obra; por otro lado el evangelio de Juan y el Apocalipsis, menos citados por él, animan elevaciones y vuelos místicos.

Son doce las citas de Marcos: esto no constituye ninguna sorpresa, porque el descubrimiento de su evangelio es de una época muy cercana, por otro lado el evangelio según San Mateo y san Lucas delinean un itinerario de ascesis cristiana de modo menos árido que Marcos.

3.- Uso de las fuentes bíblicas.

En las obras de predicación generalmente Frassinetti presenta el texto bíblico en forma de homilía, como se acostumbraba en ese tiempo y como hacía también Don Bosco que proponía la sagrada Escritura a los jóvenes a través de su explicación.

En las obras ascéticas presenta casi siempre el texto mismo.

La exégesis es nítida, simple y segura. Deriva de su notable doctrina bíblica y de su equilibrado sentido: se basa sobre la autoridad de la Iglesia, en particular

de la Iglesia de Roma, de los santos Padres y de los mejores exégetas que en su tiempo tenían mayor prestigio, como Cornelio A. Lápide que es uno de sus preferidos.

Interpreta el sagrado texto con el lenguaje del amor que mira a alimentar a las almas y que deriva de aquella “inteligencia de la Palabra” que san Máximo, confesor, llama “espiritual” y “sin la cual no se puede alcanzar al corazón toda su rica sustancia”.

Según la oportunidad se vale del sentido literal o del místico.

En algunos momentos pone la Escritura como prueba de la doctrina expuesta, en otros momentos, en paráfrasis o declarándola como acostumbraba hacer San Alfonso, como modelo de vida en orden al ejercicio de la virtud.

II.* Santos Padres y escritores sagrados

A pesar que sea amplio el conocimiento de la Patrística de su parte, su atención se va a concentrar en San Agustín, de quien toma aquellas expresiones lapidarias llenas de luz que comprendían toda su doctrina, y en San Juan Crisóstomo, con quien probablemente él debía sentirse más identificado, como aquel que sabe presentar la enseñanza espiritual en modo tal que puede ser comprendido por el humilde pueblo y al mismo tiempo sabe manifestar las increíbles riquezas de pensamientos y afectos de la Escritura.

Tienen espacios en sus escritos San Ambrosio, San Gregorio magno, San Bernardo y Santo Tomás a quien Frassinetti considera como su maestro y asume la doctrina como propia con fidelidad y con amor.

Frecuentemente son citados los santos Cipriano, Jerónimo, Juan Damasceno, Basilio, Buenaventura, Antonio, Juan Bellarmino, Leonardo de Puerto Mauricio.

Entre los escritores sagrados más cercanos en el tiempo hay que recordar a De Segur, sobre todo en materia eucarística.

III. * Concilio Ecuménicos y doctrina de Iglesia

También los Concilios Ecuménicos son fuente de su pensamiento ascético: a menudo hace referencia al Lateranense y al Tridentino.

La autoridad de la Iglesia es norma segura de toda teología, afirma Frassinetti, entonces también de la teología espiritual, como hoy se llama la ascética y la mística. Del resto la misma doctrina de los Doctores católicos recibe su autoridad de la Iglesia, que es la depositaria de las divinas Escrituras y autoridad única para la interpretación de sus significados.

De las doctrinas de los teólogos se alimenta cuando las encuentra en sintonía con la doctrina general de la Iglesia, si no, la impugna con energía. Ama a Suárez, que cita a menudo con el apelativo de “eximio Doctor” o de “profundo”, especialmente en la ascética eucarística. Además en la ascética general tiene presente a Segneri.

IV * Maestros de teología espiritual

A. Hace notar Frassinetti que los primeros maestros de la vida del espíritu son los Santos que a la ciencia divina unen la experiencia de los arcanos caminos y de las inefables gracias de Dios. Por eso invita a los Sacerdotes, que por vocación particular están llamados a la santidad, a un atento estudio de ellos.

Es totalmente natural que sus páginas estén animadas de ejemplos y máximas espirituales sacados de la vida de grandes Santos como Catalina de Siena, Ignacio de Loyola, Carlos Borromeo y más frecuentemente Francisco de Asís: Frassinetti era terciario franciscano.

Momentos de vida y pensamiento de San Felipe Neri le sugieren toques seguros y profundos de ascética: igualmente tiene muy presente a Santa María Magdalena de Pazzi, "la fúlgida estrella de la orden carmelita". De ella conoce muy bien la doctrina que propone en "Teoría del amor entregado": es el amor que se despoja de todo menos de Dios, que no desea ni posee otra cosa que lo que Dios mismo quiere. Esta doctrina se siente en las páginas más significativas de "El consuelo del alma devota" y está entre líneas en sus lecturas espirituales.

Los místicos vuelos de Santa Brígida y de Santa Gertrudis marcan tiempos y elevaciones más místicas que ascéticas, constituyendo rápidos traspaso de la consideración de carácter ascético a aquello místico. Por otro lado debía ser difícil para un escritor tan rico de animación espiritual y tan abierto a las vibraciones de la divina unión, como nuestro P. José, quedar en ciertos momentos particularmente intensos sobre un plano puramente ascético, sin volar en el misterioso cielo de la mística.

B. Santa Catalina de Génova ejerció una influencia de particular relieve sobre Frassinetti: él se insertó a través de ella en las corrientes ascético-místicas genovesas del 1400 y del 1500 y las ha continuado, alimentándolas y enriqueciéndolas, ubicándolas en la ola de espiritualidad sacerdotal y en la espiritualidad consagrada laica.

"El amor puro, recto" es la sustancia de la espiritualidad cataliniana. Frassinetti hace suya esta doctrina, como hace suyo también el otro aspecto de la ascética de Catalina que él llama "la serafina del puro amor de Dios", es decir, del amor que actúa al servicio de los hermanos, entendido como reflejo del amor de Dios.

Indudablemente él recoge la fecunda fragancia del "amor puro" y lo presenta como iluminación de doctrina y fuerza estimulante y alimentadora de su propio apostolado ministerial y del apostolado laical - que no se cansó de proponer en generoso apoyo de lo sacerdotal.

Y por último exalta uno y otro de los dos aspectos de la espiritualidad de "nuestra grande santa genovesa": el amor puro de Dios y el amor por los hermanos sacrificados hasta la total consumación: los exalta y los propone vivamente a la imitación.

C.- Santa Teresa de Ávila y San Juan de la Cruz tuvieron un rol muy relevante en la maduración de la teología espiritual de Frassinetti.

Su verdadero primer encuentro con la Santa se realizó en 1848 y tuvo que

ser fulgurante, decía:

"yo en este tiempo me he enamorado de las obras de Santa Teresa". No se separó nunca de ellas. Meditarlas y hacerlas meditar "fue su delicia": orar y hacerlas orar fue su devoción particular. Las ha considerado como alimento para su alma que a menudo, sin darse cuenta, asumía el mismo lenguaje.

Entre todas las obras tuvieron mayor importancia "La Vida", "El camino de la perfección" y "El castillo interior", que él cita casi siempre con referencia a las mansiones.

No es la finalidad de esta introducción ver comparativamente Santa Teresa y Frassinetti, para descubrir las tendencias, para relevar las afinidades espirituales que fueron notables entre las dos almas y cuanto cada uno tiene de propio: sería un buen estudio para realizar. Aquí es suficiente hacer notar algunos aspectos de su espiritualidad y hacer algunas comparaciones del punto de vista que nos interesa: el estudio de las fuentes.

Frassinetti que tenía una estimación muy grande por la oración como camino a la santificación, encontró en Santa Teresa la maestra de la vida de oración, entendida como actuación de la espiritualidad. Por este camino siguió a la Santa hasta superar un poco el escalón del más alto estado unitivo. Hay que notar que ella escribía casi siempre para sus Carmelitas, en cambio el destino de los escritos frassinettianos es otro.

El equilibrio de la mentalidad del Siervo de Dios, que lo hacía tan sabio y discreto director de almas, encontró consolación y sostén en la "admirable doctrina" de la "discretísima Santa" de la cual no se cansaba de celebrar la "admirable discreción".

La doctrina de la "buena conciencia" que Santa Teresa ha puesto como base de toda edificación de la oración, la innecesidad de favores extraordinarios para conseguir la santidad, la gran oportunidad de un buen e iluminado director espiritual, la libertad dejada a las almas en la elección de la especie de oración, la doctrina del desapego, etc. lo mostraron en seguida en perfecta sintonía con la Santa, en base a la experiencia de almas que él tenía.

También parece que fue profundamente impactado en la lectura de las obras teresianas de la narración que no se queda en teoría, sino que con tanta simpleza y libertad muestra una experiencia de vida realizada. Así le resulta fácil, siguiendo a la santa, mostrar el camino de santidad a todas las almas.

Frassinetti junto a la santa española coloca a San Juan de la Cruz, "el gran iluminador de la mística teológica y esplendor del Carmelo".

De él el Siervo de Dios saca y modela el principio ascético de la negación afectiva. De hecho el tema del despojo místico del alma es reconsiderado por Frassinetti con largo espacio de citas sacadas de la "Noche oscura". Lo mismo se puede decir por el tema de la cruz. Algunas páginas de "llamas de amor vivo" le sugieren elevadas indicaciones de vida contemplativa y unitiva. P. José no cree que la orientación contemplativa sea la única que permite al hombre realizar su fin, como siempre afirma San Juan: en esto no sigue al maestro carmelita, por una convicción suya personal y porque entiende que el camino de perfección no está reservado a pocos, sino abierto a todos.

D. También el aporte de San Francisco de Sales y San Alfonso modeló la ascética

de nuestro fundador.

Del primero le gustó aquella apertura que él hizo de las puertas de la santidad a todos, cualquiera fuere su estado, su condición de vida, su cultura. Le gustó el alejamiento de la devoción del rigorismo y muchísimo la pedagogía y metodología de la vida espiritual, caracterizada por la libertad de espíritu, serenidad y tranquilidad del alma. Todo esto correspondía a exigencias personales suya y de las almas, cuestionadas por las teorías rigoristas, equivocadas o falsas.

Le gustó mucho la suave dulzura con que el Obispo de Ginebra dirigía las almas, sin olvidar nunca las necesidades de la Cruz. Le gustó, por último, toda la orientación espiritual dirigida a Jesucristo.

Estaba tan cerca de sentimientos al santo Obispo que a menudo se dirigía a Él en sus escritos ascéticos, no tanto para formular una doctrina, cuanto para confirmar con su autoridad aquello que él dice. A pesar de todo resulta difícil determinar de hecho qué influencia ha ejercido San Francisco en el párroco de Santa Sabina.

Del segundo, que amó mucho y lo considera su maestro, sintió la eficacia de la concepción de la espiritualidad centrada en Jesucristo y la validez de los medios que él sugería para la santificación, como el conocimiento de Jesús adquirido por la meditación del crucifijo, la mortificación interior más que exterior, la comunión y la muy tierna devoción a María.

Es justamente este último elemento de la delicada espiritualidad alfonsiana que Frassinetti, totalmente consagrado al culto a María, sintió como suyo, sea como contenido teológico - especialmente aquello de considerar la devoción a María relativamente necesaria para la salvación- sea como expresión literaria "admirablemente" simple y afectuosa, sea como mensaje de salvación a los hombres.

Frassinetti después de la proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción, sintió fuerte este valor de la piedad mariana.

V. Ha sido indudablemente su fuerza iluminadora la experiencia pastoral que adquirió de su intenso y variado ministerio sacerdotal, desarrollado en el secreto del confesionario.

Desde el principio de su sacerdocio su primera preocupación fue la de prestarse a escuchar asiduamente confesiones: en corto plazo su confesionario se vio concurrido por penitentes. Los biógrafos anotan que acudían a él desde todas partes, desde el pecador más endurecido hasta el alma que anhelaba la perfección.

Es aquí que comenzó a conocer el corazón del hombre, a saber por experiencia, de cuanto bien y cuanto mal es capaz y por consecuencia cual debe ser el camino a recorrer, para cualquier alma a fin de alcanzar su santificación teniendo en cuenta que cada una es una realidad en sí misteriosa y particularísima.

Esta experiencia suya además estaba enriquecida por la dirección espiritual propiamente dicha de cuantos se dirigían a él de cualquier nivel social o condición, o de quienes le escribían -obispos, teólogos, sacerdotes- para aclarar dudas, pedir consejos, pedir consuelo.

Esta fuente de la ascética frassinettiana es muy importante, porque, unida a la amplia doctrina de la cual estaba lleno como teólogo moralista, constituye y pone la base a cuanto hay en él de original, como maestro de teología ascética.

ESTILO LITERARIO

El Padre Frassinetti no corregía sus escritos dieciocho veces como Pascal. Corregía muy poco, como Santa Teresa, ocupado como estaba por el trabajo y por el ansia de llegar a tiempo a proveer las necesidades de su rebaño o de la Iglesia, amenazado por la prensa hostil y mala.

El Santo Gianelli, su profesor, amigo y consuelo, lo deseaba un poco más limpio en cuanto a estilo. Y con razón porque el santo Obispo de Bobbio había sido su profesor de retórica y era uno de los más valientes oradores italianos de su tiempo. Se comprende entonces que no le gustara la forma del párroco cuando era poco cuidada, tanto más sabiendo que su ex alumno escribía en versos italianos y latinos y no solamente en buena prosa. Pero al párroco le interesaba ser comprendido, por eso su estilo es simpleza y claridad: la simpleza como consecuencia de su forma de ser natural, pero sobre todo de la preocupación de que todos lo entendieran. Por eso no hay ninguna presencia de gracia literaria o de adornos retóricos, tan común en la literatura sagrada y no sagrada de su tiempo.

Desde este punto de vista a él hay que colocarlo en la línea de Santa Teresa y San Alfonso.

Si algunas páginas suyas se presentan vivas y ardientes, casi como oración vibrante de sed y de amor, jamás se muestran llenas de ampulosidad o se revisten de énfasis oratorio: esto se manifiesta especialmente cuando proclama su indefectible unidad al Papa o contempla el don del amor de la Eucaristía o se deshace de ternura junto a la Virgen dolorosa. Son páginas sinceramente emocionadas, y esto basta. Justamente por esto son inmediatas y eficaces.

P. Frassinetti había comprendido bien que la necesidad que en ese momento urgía a la Iglesia era la instrucción religiosa impartida en forma llana e inmediata a las masas populares, "que tienen derecho -decía con mucha energía- y la necesidad de entender cuando se les anuncia la Palabra de Dios".

La claridad de estilo obviamente era consecuencia de la claridad de las ideas. Esto era el resultado de una diaria meditación y de la amplitud de cultura poseída, todo esto unido a una fuerte capacidad de síntesis.

El fraile Jerónimo de San José acerca de Santa Teresa escribe: "con qué desenvoltura declara cosas oscurísimas, con qué propiedad las explica, con qué suavidad las persuade!": lo mismo se puede decir de Frassinetti.

El Párroco además tenía una notable habilidad en liberar lo esencial de todo el involucrado de sobreestructuras y de moverse en el amplio campo de cuestiones teológicas sin dejarse tomar por el ambicioso gusto de la amplitud, de la disertación.

El se inclina a exponer y brevemente las doctrinas ciertas que sirven al fin que se propone.

En los escritos ascéticos se advierte en seguida la preocupación de hacer comprender a todos lo esencial para la santidad y los caminos que conducen a

ella con certeza y facilidad. Por eso muchas veces repite conceptos, expone reflexiones ya expresadas, procede por grados como si quisiera conducir de la mano; a menudo da movimiento a las páginas con hechos y voces de Santos; pone argumentos simples, todos de buen sentido, fácilmente asimilables, hasta el discurso se puede transformar en diálogo casi confidencial con el lector que es tomado por la simpatía hacia quien le habla de las cosas de Dios con tanta amabilidad.

Esto explica por qué ciertos escritos suyos de pequeño tamaño y sin pretensiones de grandes ideas han tenido muchas ediciones en distintos idiomas.

Por último queremos hacer notar que en muchísimas páginas se percibe aquella intensidad de celo apostólico que se hace amor. El lector advierte que quien le está hablando no es solamente un maestro con autoridad, por experiencia y doctrina, sino que también y sobre todo es un padre que quiere persuadir por el amor y que lo quiere lograr de cualquier manera.

Frassinetti no se queda con una persuasión cálida pero sin fuerza; al contrario, quiere estimular y conducir a la acción. Entonces muchas páginas suyas tienen el dulce calor de hogar, el mismo que De Luca sentía cuando se acercaba a San Alfonso, pero también con la misma fuerza de quien quiere de verdad.

Jamás cae en el paternalismo espiritual, al contrario, a veces es firme: por ejemplo al joven que se dice cristiano pero no quiere aceptar todos los contenidos de la fe y las consecuencias de vida que derivan, en el momento de presentar sus recuerdos dice: "este librito no estaría escrito para ti".

Hay momentos que él dice que la palabra debe ser "espada", "debe saber gritar o tronar". Y él grita y truena.

DOCTRINA ESPIRITUAL FRASSINETTIANA

I.- * Premisa

Antes de exponer el pensamiento ascético del Frassinetti es conveniente presentar algunas consideraciones.

Él ha escrito mucho; y quedamos sorprendidos no tanto por el largo tiempo de su actividad de escritor - unos treinta años - cuanto más bien reflexionando en las actividades que desarrollaba como moralista, polemista, pastor de almas, fundador y animador de centros de estudios, de uniones, de asociaciones.

Seguía la cultura de su tiempo con notable amplitud y prontitud, y cuando se refiere a ella no queda para nada en la superficialidad. Se puede ver, por ejemplo, su obra crítica contra Gioberti, sus tomas de posiciones contra el jansenismo en las doctrinas morales, determinadas evaluaciones suyas de opiniones de teólogos, etc.

Se puede añadir a esto la cantidad de la correspondencia epistolar con la gente que se dirigía a él desde distintos lados, las largas horas dedicadas a la oración y al sacramento de la confesión...

En ninguna de sus obras tuvo la intención de escribir un tratado ascético: él mismo lo afirma.

A pesar de que puede decirse de Frassinetti lo mismo que ya se ha dicho

de San Francisco de Sales - es decir que le faltó la "capacidad de organización y la estructura arquitectónica" – sin embargo se puede hablar de una unidad y de una teología espiritual propia.

Muchos trabajos suyos han sido ocasionales, motivados por exigencias pastorales del momento y dirigidos a particulares grupos comunitarios; esto es muy cierto, pero también es cierto que al lado de ellos hay obras que se ubican en un plano eclesial, sin límites de horizonte y sin límites de almas.

Quien escribe la obra maestra o el folleto de ocasión es siempre el gran teólogo y experto conocedor y guía de almas, que ciertamente escribe teniendo una visión unitaria, que constituye la estructura portante y la razón de ser de las obras mayores, así como el alma del pequeño folleto.

Además Frassinetti tenía una concepción tomista de la teología: Santo Tomás consideró la doctrina sagrada, toda la doctrina sagrada, absolutamente una e íntimamente conectada. Observa Garrigou-Lagrange: "la teología dogmática, la moral, la mística constituyen una y única ciencia eminente".

En la exposición de la teología moral o dogmática Frassinetti pasa a menudo al campo ascético y místico, y muchas veces esto lo ilumina con reflexiones de teología sobrenatural, es decir sobrenaturaliza momentos y actividades de la vida.

II.- *Universal vocación a la santidad

Frassinetti tuvo la viva preocupación de presentar la santidad como posible para todos: la santidad es de todos.

Parece tener siempre en sus labios esta idea, casi como un lema, gritado repetidamente, tanto que puede parecer uno de los temas centrales de su predicación y de muchos de sus escritos.

Quiso remover este primer obstáculo del camino de la ascética cristiana: el fuerte prejuicio de que la santidad era privilegio de pocas almas. En muchísimas personas esta convicción hace estéril el deseo de empezar cualquier camino para la perfección cristiana: así lamentablemente queda al margen el llamado de Jesús: "sean perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial".

No, la santidad es posible para todos; es "fácil y simple" llegar a ser santos, del momento que Dios quiere que todas las personas lleguen a ser santas, en cualquier estado o condición se encuentren.

Dios no puede mandar cosas imposibles o de difícil actuación, sino Él no sería " el Soberano y el Padre buenísimo de sus creaturas". Entonces la perfección es de todos y es necesario que todos la consigan. "Sean santos como Yo soy santo" (Lev. 19,2).

Por eso Frassinetti ha dirigido su enseñanza así, simplemente al "cristiano".

Con mucha preocupación escribió páginas y páginas para corregir todas las objeciones que se pueden hacer en contra, para que pueda entrar profunda y limpiamente en cada alma la idea de "que la santidad es vocación de todos y es necesario alcanzarla".

En este punto de doctrina el Siervo de Dios se puso del lado de San Francisco de Sales que fue entre los primeros en decir que "es un error, más aun una herejía, querer quitar la vida devota de la cárcel, del almacén, del taller, de la familia" y con él se puso en la línea de una santidad entre la gente del mundo, que

considera cada estado y cada condición honesta de vida como instrumento apto para la perfección.

De esta manera, como San Francisco de Sales y San Alfonso, liberó el camino de la santidad del rigorismo jansenista y demostró que la santidad es compatible con cada oficio o tarea de la vida civil, sin por esto vaciar la santidad de sus contenidos o disminuir la seriedad del compromiso que ella exige como principio de colaboración con la actuación de la gracia divina.

Para defender esta doctrina Frassinetti se fundó en la autoridad de San Alfonso M. de Liguori. Este había tenido justamente el mérito de llevar la santidad a un nivel accesible a todos, facilitando al máximo la comprensión y difundiendo ampliamente el ejercicio, hasta redespertar aquel sentir heroico, al cual todo cristiano está llamado, aunque sea de la más humilde condición social.

San Francisco de Sales, San Alfonso y Frassinetti entonces han sido unánimes en proponer el camino de la perfección como abierto a todos.

Y fue por ese gran mérito de ellos que se fue afirmando la idea que también "el pueblo tiene derecho a la santidad" y no a la sola bondad, y así la Iglesia vio admirablemente reflorar los senderos de la santidad en un tiempo conflictivo y en muchos aspectos hasta impío.

III.- *Concepto de Santidad

El Siervo de Dios habla en muchos escritos de la naturaleza de la perfección o santidad de la vida cristiana; pero, habiéndose propuesto una intención totalmente pastoral, dice todo lo necesario para indicar con claridad a las personas el seguro camino a recorrer, para llegar a la santidad. No es la exposición de una doctrina teológica, sino la enseñanza de una doctrina de vida y la indicación de un camino seguro.

Estas son las grandes líneas, casi en forma esquemática:

A.- La santidad "primera" consiste en la posesión de la Gracia santificante.

B.- Hay una segunda especie de santidad, que él llama "perfeccionada" que es aquella que comúnmente se entiende, cuando se habla de santidad.

Esta consiste esencialmente en la caridad. Si es cierto que la perfección de un ser consiste en conseguir el propio fin del modo más completo posible, del momento que en el orden sobrenatural el fin del hombre es Dios eternamente poseído, la caridad es la virtud que une directamente a Dios. Y tanto más fuerte es el amor, tanto más es unitivo.

C.- La santidad consiste en el amar a Dios y todo el amor hacia Dios está en el cumplimiento de la Voluntad divina. El llegar a ser santos quiere decir darse con todo el corazón a Dios, evitando todo pecado grave o leve, plenamente advertido.

El amor entonces significa el rechazo de cualquier cosa que manche la pureza o atenúe el ardor. Entonces el adherirse deliberadamente a algo que no esté conforme a la divina voluntad, compromete la perfección del amor.

La santidad de hecho se expresa en la conformidad con la voluntad de Dios. El amor llena el alma totalmente y la hace don perfecto al Señor, sin ninguna reserva. Es de esta manera que el amor realiza la unificación, la fusión, por decir así, de dos voluntades: humana y divina: el formarse casi "un solo corazón", entre Dios y su criatura. "Entonces de dos voluntades humana y divina, se hace una

sola voluntad, en cuanto que la humana no quiere otra cosa, sino lo que quiere la divina".

D.- La perfección no consiste tanto y sólo en abstenerse del pecado, sino en el obrar lo que la voluntad de Dios encomienda al alma, la cual se preocupa de cumplir todo lo que agrada a su Señor, y cumplir mejor aquello que a Él más le agrada.

De aquí nace el compromiso de la búsqueda para hacer lo que resulta más grato a Dios, hacerlo lo mejor que se pueda, dando fruto en obras buenas. En síntesis, el alma pone todo su interés en complacer a Dios cuánto mejor sabe y puede.

Solamente así el amor llega a ser unión de fuerzas activas: de su parte Dios "embellece y adorna de dones al alma" y esta "se dispone a merecerlo y hace todo por su lado para llegar a ser capaz de los favores más puros".

E.- La uniformidad con la voluntad divina debe ser total y purísima en el sentido que el alma busca en todo "solamente" la gloria de Dios. La adhesión del amor mira nada más que a Dios; cualquier otro querer, aunque sea el deseo de la propia santificación, del gozo que uno tiene el servir bien al Señor, constituiría cierto obstáculo, "Ese es el amor puro: amar a Dios, porque merece ser amado; amarlo por sí mismo, sin nuestro sensible gozo, sin ningún otro estímulo, más que aquel de su infinita bondad".

"Hay que aspirar a servir bien el Señor y no a la consolación que deriva del servirlo bien". Es necesario "el cumplimiento de su divina voluntad pura y desnuda sin ningún interés".

F.- La santidad exige necesariamente esta pureza porque es la resultante de un pacto de amor, es un admirable matrimonio del alma con su Señor, y en esto el amor debe tener la exclusividad de la posesión y además todas las delicadezas, ternuras y atenciones. Tanto más debe ocurrir esto si la esposa mira la pobreza de sus cosas y la riqueza grande de las cosas de su Esposo, su pequeñez y la infinita grandeza de Él.

G.- "Este es el principio y el fin de toda la santidad" -dice Frassinetti. En este punto la ascética cede el lugar a la mística: al alma hecha, por usar una expresión, una sola cosa con su Dios, continuando su ascensión de cima en cima, se le da ahora entrar en la "perfección consumada" que es el estado de alma casi perfecto, que por lo que es posible en esta vida, imita el estado beatífico de las almas del paraíso.

Concluyendo: la perfección de la vida cristiana consiste en el amor; es decir en la total, pura y flameante unión de la voluntad humana con la divina, así que el alma, purificada de toda especie y sombra de pecado y libre de todo apego a sí misma y a las creaturas, no quiera y no busque nada más que dar la máxima gloria a Dios en todas las cosas.

H.- Como complemento de la doctrina expuesta hasta aquí agregamos los siguientes puntos, a los cuales Frassinetti a menudo hace referencia:

a).-La perfección exige que hagamos las cosas conocidas "claramente" como voluntad de Dios. Algo claro de su voluntad son los mandamientos, las leyes de la Iglesia, los deberes del propio estado que, como preceptos particulares, entran ya en los mandamientos. Otra luz está dada por la oración y por la dirección del padre espiritual.

b).-Dios encuentra su mayor placer en la uniformidad que se busca con su voluntad santísima, no en la grandeza de las obras en sí consideradas. Este criterio de vida espiritual funda aquella sabiduría que evita todo exceso de autogobierno, todo engaño tendido por el orgullo y celo espiritual.

c).-Servir fielmente a Dios en aquel estado o condición de vida en que nos ha colocado, cada uno conforme con el lugar que ocupa en el Reino de Dios, sin ambicionar otra cosa, caminando sereno por aquel sendero al que lo ha llamado el Espíritu del Señor. Que en los acontecimientos y hechos favorables y adversos que encontrará sepa ver una unificación de la Providencia que todo domina y gobierna y que, cada cosa que quiere o permite, es solamente para nuestro mayor bien.

En la conformidad a esta Voluntad "del buen placer de Dios" el alma gozará de paz profunda y se realizará su perfecta santificación.

IV.- * Camino hacia la perfección y práctica ascética

Son oportunas dos aclaraciones: la primera se refiere al concepto teológico y metafísico del hombre que es el fundamento de la ascética frassinettiana; es aquello dado por la Revelación y por la teología y antropología tomista.

La segunda: conforme con la doctrina tradicional, Frassinetti considera que la gracia de Dios y la voluntad del hombre, en planos distintos, son necesarios para conseguir la perfección: si Dios no da la Gracia es imposible que el hombre llegue a ser santo; pero, es igualmente imposible que lo logre si no quiere corresponder a esta Gracia, porque "Dios no hace santos a la fuerza".

Este principio funda toda la parte pasiva y activa del hombre que aspira a la santidad.

En el comportamiento de la parte divina en esta interacción divino-humana Frassinetti se abstiene de exponer teorías teológicas, pero, como buen pedagogo espiritual, comunica solamente el conocimiento de aquello que es cierto y que comprendía con las palabras de Santa Catalina de Génova "a cada uno se le dio la luz y la Gracia, de tal forma que haciendo aquello que le corresponde, se puede salvar, dando solamente su consentimiento". Y añade: "me sirven aquellas bellas palabras del Concilio de Trento, Dios no manda cosas imposibles, más bien si manda te advierte, de hacer lo que puedes y de pedir lo que no puedes, mientras tanto te ayuda para que tú puedas. Aquel a quien Dios ha justificado una vez, no lo abandona, si antes no es abandonado por él".

Puesta estas premisas, hablamos del camino del alma hacia la perfección y de los principales medios que lo facilitan y lo promueven.

A.- El deseo de santidad

El primer paso se cumple con encender en nuestra propia alma el deseo de

la santidad. Se dijo que la santidad consiste en la perfecta unión de la voluntad humana con la divina. Pero el camino inicial es largo y significa "solicitud, esfuerzo, sacrificio y amor a la Cruz". Es un dato seguro de la psicología que si no se tiene el deseo de algo, tampoco se lo busca.

Como primera cosa hace falta que nazca el deseo fuerte, ardiente, de querer conseguir la santidad. Sin eso no se puede nada. Y hace falta que no se apague a lo largo del camino, sino que se haga siempre más fuerte, hasta transformarse en aquello que Frassinetti llama, con el lenguaje de San Juan de la Cruz "el enamoramiento de la divina Voluntad".0

Y por último, necesita que en seguida sea puesto en acto, porque "para obtener las cosas hacen falta los medios y no los deseos".

B.- La purificación del alma

El alma empujada por el deseo de alcanzar la unión con Dios, cumple el segundo paso con el decidido abandono del estado de pecado y con la adquisición de la Gracia santificante.

Así ella entra en la luz de Dios y está bajo su influjo. Ahora debe obrar la purificación de todo, aun del mínimo apego al pecado y a cualquier otro deseo que no sea el complacer a Dios y llevar "bien la Cruz".

Frassinetti insiste largamente sobre la purificación o despojo que el alma debe obrar porque es esto lo que la dispone y le permite donarse a la conformidad plena de la voluntad de Dios, llevada por todo su amor. El alma, de hecho, no encontrando más cosas creadas en las cuales descansar, se dirige totalmente a Dios para poseerlo plena y eternamente.

C.-El ofrecimiento de sí a Dios

Para llegar a esta meta "ayudará muchísimo -afirma el siervo de Dios- el ofrecimiento total de uno mismo, para que Dios haga de uno lo que quiere". Con este ofrecimiento uno se pone en condición de hacerse totalmente del Señor, porque infaliblemente le corresponde la erogación de la Gracia divina que transforma el buen deseo en voluntad de perfección.

"Cuando este ofrecimiento es pleno, allí Dios empieza a trabajar en nuestro corazón para hacernos santos".

D.- La dirección espiritual

En este itinerario de santificación es muy importante, sino directamente indispensable, que la persona sea sostenida e iluminada por un buen director espiritual.

El siervo de Dios había hecho larga experiencia en su ministerio pastoral de la diversidad de las personas, cada una recorriendo su camino, en donde Dios se complace encontrarla.

"Los medios, como él escribe, son variados y muchos para la santificación: la oración, la oración mental, la frecuencia a los Sacramentos... pero no se puede dar a todos una regla general; hace falta que cada uno utilice los medios según la propia condición, estado, capacidad y propia posibilidad. Un iluminado director será entonces "el piloto del barquito": indicará el recorrido mejor, de tal forma, que la acción del alma esté siempre en sintonía con la de la Gracia, que, actuando con

fuerza y suavidad y adaptándose a las distintas características de la persona, sin destruir las variadas inclinaciones las doblaba y las dirige a conseguir la perfección interior.

Por eso, concluye el siervo de Dios, la persona deberá dejarse guiar por su director, a quien dispensará "perfecta sumisión y obediencia".

Estas últimas palabras pueden hacer pensar a una conducción espiritual de la persona ubicada en un plano exclusivamente preceptístico, mucho más si se toman algunas páginas de "El Consuelo" y se agregan otras de su epistolaria.

El teólogo moralista ha tomado la mano al teólogo de ascética?

Frassinetti concibe la dirección espiritual como un servicio y una obra de iluminación y de asistencia que supone apertura, diálogo y confianza.

Son muy expresivos aquellos pocos renglones que leemos en "Jesucristo regla del Sacerdote": "tanto para las mujeres como para los varones he constituido a mis ministros como directores espirituales... y deben encontrar en mis ministros a un padre que los consuele, un maestro que los instruya, un conductor que los guíe, un pastor que los apaciente".

Pero también por experiencia pastoral tiene presente los peligros de inseguridades o de entusiasmos audaces, de desánimo o de temeraria confianza en las propias posibilidades y fuerzas espirituales, así como tiene presente el juego de sutil soberbia que lleva a actitudes obstinadas.

La obediencia admite diálogo solamente en la introducción, como preparación a la norma que será dada. Se pueden leer, por ejemplo, las normas que él sugiere para la dirección de almas que tienen gracias extraordinarias de Dios, para comprender con cuanta prudencia Frassinetti quiere que el director espiritual actúe, para entender al alma que le ha sido confiada.

E.- La oración

El Párroco de Santa Sabina no hace teorías ni se limita a presentar las tres vidas tradicionales de la ascética y de la mística: la vida de purificación, de iluminación y de unidad.

El se propone solamente persuadir al fiel a hacerse santo, por eso quiere que él entienda bien el camino que debe recorrer, para que se oriente hacia ese camino y lo encuentre claro y abierto, como de hecho es. En consecuencia excluye en sus escritos todo aquello que pueda complicar.

Por eso, en su concreta pedagogía espiritual a veces no encontramos separada la vida purgativa de la iluminativa, al contrario las encontramos unidas, también porque sigue el ejemplo de Santa Teresa, por la reciprocidad de acción que ellas ejercen y alimentan. De hecho la vida de purificación prepara y dispone al alma hacia aquella de la iluminación que es más intensamente experimentada cuanto más ha sido vivida la primera.

A su vez la vida iluminativa facilita y acelera el cumplimiento de la vida de purificación, con el ejercicio habitual de las virtudes bajo la creciente luz de la fe.

Las dos llevan al alma al misterioso camino de la vida de unidad.

Esta pedagogía espiritual encuadra la doctrina sobre la oración a la cual Frassinetti dedica toda una amplia obra: "El Padre nuestro de Santa Teresa".

La especificación misma "de Santa Teresa" hace comprender como el Prior sigue a la Santa española a quien, a menudo, asocia a San Juan de la Cruz: las

doctrinas de los dos santos carmelitas descalzos son complementarias y juntas constituyen un solo cuerpo de doctrina ascética y mística.

En esta obra él presenta en forma más unitaria el cuerpo de su doctrina ascética, porque en la oración encuentra la unidad profunda su pensamiento ascético.

Subrayamos aquí los puntos esenciales de su doctrina sobre la oración como medio de santificación, considerando también los otros escritos que tratan del mismo tema.

Naturaleza de la oración. Al "Padre nuestro de Santa Teresa" Frassinetti pone como subtítulo "Consideraciones sobre la oración", sin embargo no habla de la naturaleza de la oración, la va explicando a lo largo de la conversación, como hace la Santa. Pero es bueno notar que las más significativas definiciones le han venido al corazón y a la pluma cuando habla de la oración de María: las ha recogido en la oración, en la contemplación de ella, espontáneamente.

En alguna oportunidad dice: "La oración es hablar con Él, meditarlo a Él, suspirar por Él"; es "amorosa elevación de la mente a Dios": es "himno incesante que elevándose del corazón va a pararse al trono de Dios": es "un coloquio de total intimidad con Jesús": es "el lenguaje del amor".

Frassinetti contempla también la oración de Cristo y saca aquella que él llama "la sustancia" de toda oración: "esta es la total uniformidad y abandono a la Voluntad del Padre divino". "Tu oración -es Jesús que habla- totalmente termine y se concentre en el querer simplemente mi pura voluntad y abandónate plenísimamente en mis manos".

Ha aprendido de María los aspectos expresivos e interiores de la oración, de Jesús la íntima esencia.

Necesidad de la oración. El lo afirma con mucha fuerza. "Es una virtud que no puede faltar, necesariamente, de ella bien se puede decir que tiene unido la tierra y el cielo". Afirma con Santa Teresa, al principio del "Padre nuestro" que "la oración es el camino regio para llegar al cielo". Es la puerta del místico castillo: quien no entra por ella, queda afuera.

Hace falta entonces que la persona se ponga en el camino de la oración "con resolución y firme propósito de continuar"; que no se desanime jamás en este camino donde encontrará dulzuras pero también arideces y dificultades.

Quien entre, aun con un solo paso, será bien aceptado por Dios que le dará una mayor gracia para dar otro paso y otro más, con tal que vea un principio de buena voluntad: "acepta todo, aun una mirada, un suspiro".

No desistir, no volver atrás, cueste lo que cueste: este es el secreto del resultado. Es necesario "entregarse a la oración, por decir así; de cuerpo entero".

Y por qué es necesaria?. Porque la virtud de la oración sirve para obtener y conservar todas las otras virtudes. Es como un canal que lleva todas las bendiciones y todas las gracias. Si nosotros pedimos, obtenemos todo.

De hecho el Señor se ha comprometido a conceder todo lo que pedimos al Padre en su nombre, y "no hay gracia más saludable para la vida eterna que la perfección cristiana". "Sin el gran medio de la oración no servirían para nada todas las advertencias, las búsquedas, los propósitos; en cambio la oración servirá para todo, porque obtendrá todo lo necesario y lo oportuno para la perfección

cristiana".

Elección de la oración: vocal o mental ?

En dar la respuesta, que se conforma en sustancia a la doctrina teresiana, el Siervo de Dios contesta desde un enfoque distinto de aquel que tuvo la Santa. Ella tenía que tener en cuenta algunos movimientos espirituales de su tiempo, en fuerte contraste entre ellos, sobre la importancia de la oración mental y vocal. El Párroco, teniéndose que dirigir a personas de distintos estado y condiciones de vida, tiene la preocupación en cambio, que toda alma encuentre su justo recorrido en las indicaciones del camino.

Acercas de la oración mental distingue entre las personas capaces de recogimiento interior y de entregarse a una meditación y aquellas que no. Las primeras sigan la oración mental metódica, que es un medio excelente para acrecentar el amor estimativo de Dios y para dispones a la contemplación infundida.

Las otras personas atiendan a la meditación simple, sin ningún arte, que consiste en reflexionar sobre las verdades de la fe y los propios deberes, después de haber escuchado la Palabra de Dios y haber hecho oración vocal.

Esta meditación es necesaria para todo fiel: sin ella toda la vida espiritual sería vacía; y es suficiente, si es bien ejercitada, para llegar a la santidad y para disponerse a la misma vida contemplativa.

La oración vocal es ciertamente buena oración si está hecha con el corazón, si está animada con intención interior, si está iluminada por la comprensión de las palabras -en cuanto es posible- que mueven los sentimientos del corazón y son ayuda y consuelo.

Por experiencia de vida pastoral sabía que la oración vocal era la forma más común para la mayoría de los fieles, siendo la más simple: así preparó muchas oraciones, las escribió, iluminándolas con explicaciones que hicieran totalmente claras para toda mente, con tal de ayudar al máximo la atención interior.

Cada cristiano puede elegir el tiempo y la forma de oración más aptos y oportunos para dar mayor gloria a Dios.

El dice con San Juan de la Cruz: "La Jerusalén celestial no tiene una sino doce puertas", no importa entrar por una o por otra; y también "tienen que convencerse y persuadirse que para la perfección de cada alma no se busca nada de lo que esta alma no pueda hacer".

Cualquiera sea la forma elegida, ayudará muchísimo considerar, cuando uno reza, como cerca suyo el divino Maestro escucha todo lo que el alma dice, así como lo sabe un hijo cuando está hablando con su padre.

Frassinetti da mucha importancia a esta actitud de fe en la divina presencia y, siguiendo en parte a Santa Teresa, en varios capítulos enseña la forma como procurarse "la compañía del divino Maestro" y como procurarse "la compañía del divino Maestro" y como ejercitarse en la divina presencia para obtener aquel íntimo recogimiento en el cual solamente se encuentra, se siente y se goza a Dios.

De esta manera el alma realiza con facilidad su proceso de acercamiento a la unión constante con Dios, porque de la oración, aunque sea vocal, pasa a la meditación alimentada de espíritu de fe y sostenida por la fiel perseverancia, de esta pasa al recogimiento que, haciéndose cada vez más activo, conduce a la oración de quietud.

El Padre nuestro es la oración "excelentísima entre las oraciones" y "ninguna se puede comparar con ella", no solo por su contenido, sino también por cuanto de su rezo atento, devoto, correspondiendo a la Gracia, se puede pasar a la meditación, elevándose hasta la contemplación de vida unitiva.

"La más alta oración" pero es la santa Misa, donde el Señor presente en el sacrificio del Cuerpo y la Sangre ora, satisface, alaba y agradece con infinita eficacia. Esta oración es toda del Señor, la mayor de sus obras, proporcionada a su divina potencia.

F.- La Comunión frecuente y diaria

Este argumento está tratado con el aporte de la riqueza de su conocimiento doctrinal, el peso de su experiencia de director calificado de almas y todo el celo sacerdotal de Frassinetti.

Es el tema que encuentra más largo espacio en sus escritos escéticos y predicables: él siente con profunda convicción que se trata de un argumento principal para la santidad de la Iglesia, para su vitalidad y para posibilitar la conquista de almas. Por eso lo trata con mucha fuerza.

No desconoce que entra en una grande, debatida y casi peleada cuestión teológica y acética y que su doctrina no será aceptada por todos con facilidad, más bien contradecida y hasta rechazada, como de hecho sucedió por algún tiempo.

La controversia se refería entonces a las disposiciones espirituales que se requerían para la comunión frecuente y diaria.

Casi todos los teólogos estaban de acuerdo en exigir tales disposiciones espirituales así que llegaban a ser poquísimas las personas que podían acceder diariamente o con frecuencia a la Eucaristía.

Los más benignos entre ellos -y eran pocos- respetaban la "Praxis Confessari" (n. 130) de San Alfonso, que concedía la Comunión diaria a quien estaba libre del afecto a las culpas aun veniales, tenía que haber superado casi totalmente los malos deseos y tenía que esforzarse seriamente para llegar a la perfección cristiana. Pero también, afirmaba el Santo, a almas tan puras era bueno cada tanto quitarle la comunión diaria, una o más veces por semana, si había motivo.

En cambio Frassinetti con mucha fuerza sostuvo que para acceder dignamente y con fruto a la Comunión diaria era necesario solamente poseer el estado de Gracia santificante. El decía: cuando el alma tiene "esta vestidura nupcial, tiene derecho al banquete". Y añadía que tal doctrina no era suya sino de la Iglesia y desde siempre.

El Siervo de Dios estaba tan seguro de estar en lo cierto que declaraba que el fin principal de sus escritos sobre la Eucaristía era justamente aquello de persuadir a la Comunión frecuente y diaria y de poder convencer en modo particular a los confesores y a los directores espirituales para que cesaran con su "irracional medida" de querer permitirle solamente a quienes estaban limpios de pecados veniales.

Con autoridad puso término a la controversia el célebre decreto del 20 de diciembre de 1905 de San Pío X. Este confirma casi al pié de la letra la doctrina del Siervo de Dios que, a través de la muy abundante difusión de sus obras, iba conquistando y persuadiendo a teólogos y directores espirituales, de tal forma que era considerado uno de los más ardientes apóstoles de la Comunión cotidiana y por eso mismo uno de los más eficaces renovadores de la espiritualidad cristiana en su siglo.

Ahora, en relación a los fines de esta introducción, hablamos solamente en forma esquemática de los puntos esenciales de su doctrina sobre la Comunión frecuente y diaria, considerada como medio de santificación,

"La Comunión, sin duda alguna, más que cualquier otro medio, más que cualquier otro Sacramento, hace los Santos".

Esta afirmación está llena de seguridad. La consideraba oportuna para vencer la resistencia del jansenismo que, bajo el pretexto de la incomparable dignidad del tremendum misterium de la divina presencia, casi dejaba desierta la mesa del Señor. Contra esto el Párroco enérgicamente oponía: "repetimos que el fin directo por el cual nuestro Señor la ha instituido, no fue aquello de hacerse respetar, sino más bien de hacerse amar".

La razón teológica es: que los otros Sacramentos comunican la virtud santificante de Cristo, de la cual ellos son como los canales: en cambio la Eucaristía bajo las apariencias del pan y vino da la Carne y la Sangre del Salvador y toda su humanidad y su divinidad. "Ella contiene la misma fuente de la Gracia", al Autor de la Gracia, Jesús, que "la derrama desde los cinco ríos de sus adorables llagas".

En la Eucaristía "no recibimos solamente sus dones, que son un abismo sin fondo, sino que lo recibimos a Él mismo, que es el infinito Donante".

La Comunión santifica el alma de dos maneras: con la abundancia de la Gracia que infunde (santificación directa) y con mantener el alma en continua y atenta vigilancia para no caer en alguna culpa. De hecho quien desea comulgar frecuentemente debe vigilarse a sí mismo para no mancharse de algún pecado y por eso, poco a poco, vence totalmente todo afecto desordenado; por último, con brindar fuerzas para resistir a las violentas tentaciones del maligno, del mundo y de la carne (santificación indirecta).

La Comunión es el medio más eficaz para crecer en el "Dichoso fervor del amor de Dios" que conduce a la perfección, porque mientras fortalece en la voluntad de quererse purificar eternamente de todo lo que puede entibiar en la perfecta amistad con el Señor, al mismo tiempo eleva en la semejanza siempre más perfecta con Él.

"Es el don más grande de Dios, para capacitarnos a nosotros de darle el don más grande con el cual podemos corresponderle, que es el don pleno de nuestra voluntad". En esto consiste toda la santidad.

En fin, termina diciendo el Siervo de Dios, en la Comunión frecuente "se encuentra todo el bien que el hombre puede hacer para gloria de Dios".

De todo esto deriva su cálida exhortación a acercarse "al banquete del amor divino" y toda su insistencia con la cual cierra la primera parte de su ardiente librito "las dos dichas escondidas": "Convénzanse, amantes de Jesús, que la Comunión frecuente y tanto más la diaria, hace los Santos".

G.- La devoción a la Virgen

Después de la Eucaristía el tema de la Virgen constituye la parte central de toda la obra ascética frassinettiana y de su vida ministerial. Aquí tratamos de Ella como medio de santificación, según el pensamiento del Siervo de Dios.

El rol que tiene la Virgen en la santificación del cristiano es importantísimo, y más, fundamental. Depende de la estrecha unión que María ha tenido con Jesús en fuerza de la maternidad divina, de la cual, a su vez, deriva el ser constituida madre de los hombres.

De este doble título depende toda la importancia de María en la vida cristiana, porque de Ella se derrama en los hombres la plenitud de las Gracias de Cristo.

Establecido este fundamento dogmático, que hace legítima la devoción a María y justifica la necesidad, Frassinetti precisa el concepto de devoción a María.

Toda verdadera devoción "no consiste en el ejercicio de obras de piedad" sino en la realización solícita de la Voluntad de Dios, así la verdadera devoción a María consiste en hacer su voluntad que es totalmente conforme a la Voluntad de Dios. María tiene un querer suyo: que sea amado su Jesús. Por eso quien ama a María ama a Jesús y se esfuerza de amarlo como Ella lo ha amado.

De esto deriva que para el verdadero devoto de María Ella es la causa ejemplar de su espiritualidad. Frassinetti expone este concepto con delicada simpleza: la verdadera devoción es amistad y esto quiere decir semejanza.

Por lo tanto la verdadera devoción a María significa reproducir en sí mismo a Ella, sublime modelo de perfección. Entonces quien ama a María odia el pecado. "Devoción es vivir siempre en Gracia de Dios, esta es la reina de todas las devociones". Además "es posible tener amistad con la Madre y enemistad con el Hijo?"

Quien ama a María practica sus virtudes, por lo cual el obsequio más grato a Ella es la pureza de toda mancha y el florecimiento de sus más bellas virtudes, entre ellas la humildad y la pureza.

A la grandeza de los méritos y de la gloria corresponde en el cielo la fuerza de protección e intercesión. En María tales posibilidades son máximas por la Gracia que Ella mereció en dependencia de su Hijo. Ella es la mediadora de todas las Gracias. El ofrecimiento del corazón a María hecho desde la más tierna edad y repetido frecuentemente en la vida para que con sus manos lo presente a Jesús, provoca el don de la segura intercesión de la Virgen.

Todas las otras formas de devoción, de las cuales Frassinetti escribe ampliamente para infundirla, para iluminarla, para hacerla eficaz, son buenas y recomendables, pero ninguna es tan válida como la imitación de María y el ofrecimiento de sí mismo a Ella, que es Madre, dispuesta a tomar de la mano a sus hijos para sostenerlos y guiarlos por los senderos de la santificación.

Este último aspecto de confianza filial a la Virgen confiere a la ascética frassinettiana una nota de dulce seguridad y de tranquila amabilidad, como la de San Alfonso.

H.- Modelo y modelador de santidad: Jesucristo

Frassinetti nota con dolor que Jesús es "el desconocido" también para las personas que se dicen cristianas, mientras es propiamente el conocimiento de El que genera, casi espontáneamente, la más alta santidad, porque conocer a Jesús es amarlo, y el amor genera la tensión de asimilación a Él, de incorporación a Él.

Por eso es necesario conocer el misterio-Jesús, Verbo encarnado, no vagamente a través de fórmulas aprendidas, sino con profundidad doctrinal y a través de meditación reflexiva y vital, al menos por lo que cada uno puede ser capaz.

Por esta razón en su "devoción iluminada" él pone como premisa a las "devociones" a Jesús, una brevísima teología de Jesús, Hombre-Dios.

La presentación, como la idea de Jesús modelo de santidad, no está expresada en un capítulo sino reflejada en toda su obra ascética, porque es la idea de fondo.

En efecto el estar llamados a la santidad es estar llamados a participar de la santidad de Dios que se recibe desde el misterio de Jesús, Palabra encarnada. Él la participa a través del don de la Gracia santificante.

Pero como todo valor vital, la Gracia necesita continuidad, crecimiento, fecundidad; entonces, porque el alma es hija de Dios en Cristo Señor, el itinerario de su santificación está marcado por su progresivo configurarse a Cristo: como Él muere, así el cristiano está llamado a hacer morir su "hombre viejo", como Él resurge, él debe construir el "hombre nuevo" (Rom. 6,6).

Jesús es entonces el modelo absoluto de santidad. Frassinetti lo presenta al alma que desea la perfección primero movilizando, por decir así, desde afuera: Jesús es el modelo que hay que reproducir; después desde adentro: Jesús es el modelador de cuyas admirables manos hace falta dejarse plasmar, con absoluto abandono.

1.- La vida de Jesús fue simple y común, por más que haya sido sumamente perfecta, justamente para que pudiera ser ejemplar para toda persona. Jesús fue verdaderamente un "libro abierto para todos", para que todos podamos aprender lo necesario para complacer al Padre Divino.

Su corazón es el modelo perfectísimo de amor a Dios y a los hombres: por eso debe ser el modelo del corazón del cristiano. Esto quiere Jesús: que sigamos sus ejemplos y que nos parezcamos a Él, por cuanto es posible, en toda virtud.

"Observa mi vida y cópiala en ti": es una invitación y una orden al mismo tiempo; esto basta para llegar a ser grandes santos.

2.- El Jesús ejemplar es el Jesús del Huerto de Getsemaní, aquello de la Cruz, el Jesús del "corazón traspasado". Es este Jesús que enseña a hacer la voluntad del Padre, con todo el abandono del Amor que persuade a ser fieles al amor a cualquier precio y dispuestos a cumplir la Voluntad divina, cuando los sufrimientos del espíritu y del cuerpo permiten dar las "pruebas más valiosas del amor".

Además es desde la escuela de la cruz que se aprende la delicadeza del amor; es decir que se llega a pedir "la gracia de sufrir", de poder demostrar "aquel amor fuerte, aquel amor de sacrificio que no se echa atrás, y más, que no se conforma y no puede estar satisfecho si no llega hasta dar la sangre".

En la consideración de la Pasión, muerte y resurrección de Cristo el alma encuentra al fin toda su dicha y toda su seguridad, porque es la pasión que funda toda la esperanza del alma y la seguridad de su salvación, y es en la pasión que Jesús revela y prueba la infinitud de su amor.

3.- Jesús es sobre todo el modelador que actúa con su fuerza de atracción única, no es solamente un modelo. El Párroco de Santa Sabina lo sabía por directa experiencia de almas: es imposible acercarse a Jesús con disponibilidad abierta y sincera, sin quedar atrapados por Él, mirar a Jesús sin terminar amándolo.

Jesucristo actúa en el alma que se le ha abierto, como un incendio al cual se le acerca paja: la quema enseguida, toda. Este es un parangón muy propuesto por Frassinetti.

El corazón de Cristo, él insiste, es "un horno de santo amor", incendia de su

amor al alma que entra.

Y es en este encuentro de caridad que se realiza la unión perfecta y total. La total perfecta unión con Dios -afirma Santa María Magdalena de Pazzi- se produce propiamente en el corazón del Verbo Humanado.

Entonces el alma en pleno despojo de cualquier otro afecto, entre en el corazón divino, donde las almas todas se purifican, se embellecen y se transforman en Dios.

Ningún medio mejor sabe sugerir Frassinetti a un alma para hacerla progresar en el camino espiritual que aquello de un amor vivo a Jesús, un amor que elimine cualquier otro afecto, que la haga una amante apasionada plena y únicamente de Él.

De hecho el amor se aprende amando, y en el amor a Jesús consiste la perfección, porque quien lo ama hace su Voluntad, que es hacer la Voluntad del Padre.

I.- La Virginidad y el Celibato

La virtud moral de la castidad es considerada por Frassinetti, especialmente en su expresión de virginidad y celibato, un medio singular de santificación y un manantial del cual surge la santidad.

El entiende por vírgenes "aquellos, de uno y otro sexo, que mantienen intacta su integridad" y por célibes "aquellos que de alguna manera la han perdido, pero viven después en perfecta castidad".

La virginidad y el celibato son muy celebrados en sus escritos. Cuando habla de ellos se reviste de expresiones espléndidas que revelan el entusiasmo que él tenía y el amor fuertemente controlado, con que la cultivaba en sí mismo, como lo comprobamos en sus biógrafos.

1.- Si "la caridad es la mayor de las virtudes, indudablemente la más bella es la castidad". Ella "es la estrella más brillante entre las doce que coronan la cabeza de María en el paraíso" y "en las coronas de los santos en el cielo, es la perla más luminosa".

Es la más bella y admirable entre las virtudes cristianas, aquella que al decir de Jesús, asemeja a los hombres con los Ángeles del cielo. Es "la más excelsa y más espléndida".

Es la virtud totalmente predilecta de la Virgen María, la cual "ascendiendo al cielo dejaba en tierra la semilla del lirio que debía florecer para ser trasplantado después en el cielo y enriquecer con su belleza y fragancia el Jardín donde pasea el Cordero, que se goza entre lirios".

Y entre ellos prima el lirio de María "por incomparable belleza". Es una virtud que no debe ser escondida por razón de humildad, como muchas otras virtudes: más bien debe ser manifiesta y resplandeciente.

2.- La virginidad y el celibato constituyen la primera aspiración de los corazones deseosos de ser todos de Dios, en sí no son virtudes necesarias para alcanzar la santidad, como enseña Santo Tomás (II.II.184,a3).

Hay que tener en cuenta que uno de los obstáculos más fuertes a la santidad es la impureza, porque siendo el más natural de todos los vicios, es aquel

que más sutilmente entra en el corazón y más fuertemente lo domina.

Es muy saludable el estado de continencia absoluta, que tiene una fuerte capacidad de liberación de los deseos que obstaculizan el completo despojo.

3.- La castidad debe ser practicada por todos según el propio estado. Hacer voto de castidad es cosa muy buena y conveniente para custodiarla y protegerla mejor, pero para emitirlo hace falta la aprobación del director espiritual.

4.- La Comunión frecuente es el mejor medio para adquirir la angélica virtud y para vivirla en perfección. Es en la Comunión donde "mejor se alimenta y más seguro cuidado recibe".

Frassinetti considera complementarios, en orden a la perfección, la Eucaristía y la castidad. De hecho la Eucaristía marca la intervención de la Gracia en la acción transformante y elevante que ella produce y la castidad afirma la colaboración de la persona en el esfuerzo de liberarse de todo peso y obstáculo que la ate en su anhelo de total entrega a Dios.

San Juan Bosco intuyó esta relación bilateral que el Siervo de Dios había puesto a plena luz en que el Siervo de Dios había puesto a plena luz en su tiempo. Le había gustado particularmente el librito "Las dos dichas escondidas", lo difundió todo lo que pudo y puso estas verdades como punto firme en su pedagogía juvenil.

5.- Es necesario ser apóstoles de la virginidad y del celibato y promoverlos con sumo celo para el bien de la Iglesia y de la sociedad: afirma repetidamente el Siervo de Dios, con fuerte y elevada invitación.

Hay mucha necesidad de que florezca ampliamente la castidad, especialmente en el mundo juvenil, donde la castidad llega a ser fuerza, porque es una liberación para una más generosa y total donación para el bien de los hermanos.

El conjunto de las obras de caridad y asistencia de la Iglesia y de la sociedad es elocuente testimonio de la necesidad de almas consagradas con una dedicación total y desinteresada.

Pero "la dificultad potentísima" para el incremento y el nacimiento de las vocaciones es el ignorar el valor de la castidad y el no amarla. De aquí nace la obligación de hacer conocer a fondo su valor religioso y social.

6.- La castidad como ideal realizado, es fuerte defensa contra el espíritu de incredulidad que está dominando el mundo, generando y alimentando la inmoralidad práctica y corrompiendo la misma base ética de la sociedad. Se muestra como afirmación victoriosa de la prioridad del espíritu y como afirmación profunda a sus más altos valores. La castidad es "la buena levadura" de las masas populares y de las juveniles en especial.

Esta breve introducción quiere motivar una reflexión del lector y sobre todo invitar a una lectura atenta y eficaz del pensamiento del Siervo de Dios.

CARACTERÍSTICAS Y ORIGINALIDAD DE LA TEOLOGÍA ASCÉTICA FRASSINETTIANA

Después de todo lo expuesto solo queda destacar y subrayar algunos aspectos de la teología espiritual del Siervo de Dios.

1.- La suya es una ascética para todos.

Dios llama a cada hombre a la santidad. La universalidad de esta vocación es el documento del amor elevante del Padre que está en los cielos, que quiere comunicarse con todos sus hijos, sin distinción alguna y sin acepción de personas.

Esta es la verdad que Frassinetti proclama con todas sus fuerzas en un siglo que anda a tientas en la inseguridad del iluminismo y del materialismo.

La santidad está abierta a todos: por eso presenta un camino ascético posible para todos, no un camino ascético posible para todos, no un camino que solamente podrían emprender algunas almas privilegiadas.

El no admite el prejuicio de que sea imposible alcanzar la meta, porque Dios no hace faltar a nadie su Gracia. Cualquiera sea el estado inicial del hombre, siempre es posible y fácil su transfiguración: el amor de Cristo, que es Gracia, se comunica a toda creatura de buena voluntad.

2.- Su ascética es la ascética de la serenidad, fundada en el seguro optimismo que deriva de la certeza de fe que Dios no niega su Gracia a nadie. "Entendámosla bien esta gran verdad: nosotros no somos nada y no somos capaces de nada, pero con la Gracia de Dios somos algo y somos capaces de todo": "para Dios es lo mismo hacer caer una hoja de un árbol que crear un mundo".

Entonces no hay lugar para el desánimo, ni la perturbación, ni la tristeza. No hay lugar para la represión y el rigorismo jansenista que inducen al desánimo y muchas veces a la desesperación.

"Mi yugo es suave y mi carga es liviana" dice Jesús. El camino de la santidad es el camino de la confianza y del amor confiado.

A la luz de esto se comprende porque Frassinetti ha puesto como eje de su doctrina espiritual la Eucaristía: ella es el Dios -con- nosotros. Y entonces: quién contra nosotros?

Este ha sido el golpe magistral contra el jansenismo.

3.- El camino de la santidad, recorrido de la mano de Jesús, es fácil. Pero no para facilitones. Fácil, aunque arduo: de hecho no esconde la cruz. Pero esta es el segundo rostro del amor. El dolor y las espinas serán amados, hasta buscados. Ciertamente serán vencidos. Es cuestión de seguridad del amor y en el amor de Dios.

A lo largo del camino, aunque el rostro divino se ocultará o se perdiera la suavidad de su presencia, aunque sea por culpa, aquel rostro está siempre deseoso de manifestarse: "Dios busca a quien se aleja de Él, cómo rechazará a

quien lo está buscando ansiosamente y que no tiene otro deseo que encontrarlo?".

4.- Ascética activa. Es decir procura poner en movimiento todas las fuerzas del alma, porque la Gracia exige la única y común obra de edificación de la santidad, además porque cada una de ellas es perfectible.

Con esto Frassinetti mira al equilibrio psicológico y espiritual de cada persona. Aquí se nota su sentido de discreción: toda violencia en general o en las singulas potencias del alma, ya sea en el carácter o en el temperamento o en las facultades psico-físicas, así como toda dejadez o inactividad, crea desequilibrio y decididamente pone en peligro la santidad.

A la luz de esto se deben ubicar los dos grandes dones que él requiere para el director de espíritu: iluminación y discreción. En definitiva, sentido común es decir sentido de la concreción y de lo esencial: características verdaderamente principales de la ascética frassinettiana.

Ascética activa, todavía en el sentido que no debe cerrarse en un egoísmo espiritual.

A lo largo del camino de la vida necesariamente se encuentran otras personas: a todas se le debe ofrecer una mano, pero sobre todo a las caídas, a las descarriadas, a las perdidas.

Frassinetti no admite un ansia ascética que no sea también ansia de conquistar almas, no concibe una santidad sin perspectiva de apostolado, sea cual fuere la forma de realizarlo.

Esto explica por qué él haya dado vida siempre a asociaciones y pias uniones cuando se encontraba con almas deseosas de perfección, y por qué él tanto desea y favorece el estado de virginidad y celibato, como el más abierto al don del amor.

5.- Una ascética que se interioriza en la oración individual y en una relación íntima y profunda del alma con su Dios, y por otro lado tiende a ser comunitaria como alabanza y adoración en nombre de todas las creaturas y para todas ellas, de quienes el alma se siente parte viva y responsable.

Frassinetti propone novenas, triduos, otras formas de oración común, especialmente la adoración eucarística comunitaria, el rosario y la lectura espiritual, sacada de la Biblia o de otra fuente oportuna y hecha en común.

En las oraciones que él mismo compone o propone ama que desde la expresión del yo-orante se llegue o se mezcle la de nosotros-orantes y que en la imploración a título personal se inserte aquella hecha para todos y en nombre de todos. En definitiva siente y ama la oración entendida como liturgia.

Es importante este aspecto de la ascética frassinettiana, en cierta forma, original del ochocientos, en cuya época había una tendencia -como hace notar Nedoncelle- a individualizar la devoción y a interiorizar la oración. Si esto ha sido efecto del Romanticismo -como opina Nedoncelle- también ha sido consecuencia del redescubrimiento de la relación confiada y amorosa de hijo-Padre, superando el jansenismo y oponiéndose a este.

6.- Frassinetti, al proponer su teología espiritual, parte de una experiencia de almas, iluminada por una luz interior propia que procede de la fuerza de la oración,

de una meditada doctrina, de la sabiduría. Y tal experiencia está siempre presente en él.

El sabe bien que cada alma se forma a sí misma, de alguna manera; para cada alma Dios reserva un caudal misterioso de Gracia.

Por eso la ascética frassinettiana no está forzada entre guías de uniformidad, no está estandarizada: por un lado está atenta al misterioso trabajo de la Gracia y por el otro pide el respeto por la originalidad de cada uno.

Solamente ofrece una ayuda para que cada uno encuentre su imagen de santidad y así su camino.

Qué camino presenta Frassinetti como el más apto para alcanzar la santidad?

No lo sabe decir: todos los considera "más importante, más necesario", porque cada camino para una determinada persona puede llegar a ser el "más importante, más necesario".

Así se entiende porque no insiste sobre un ejercicio de la vida ascética más que en otro: cada uno elija aquel que considera de mayor incentivo para sí mismo.

Estamos firmemente convencidos que no hay persona que tome en mano una obra ascética de Frassinetti y la puede dejar diciendo: esta no es para mí.

Es la ascética abierta, libre, de todos y para todos.

7.- Pero el Siervo de Dios no puede evitar de presentar un modelo válido para todos, sin excepciones: Cristo Jesús.

Su teología espiritual es cristocéntrica.

Ella está impregnada de Jesús, causa eficiente de la santidad y causa ejemplar: Jesús es un modelo único en el mundo del espíritu, porque no queda extrínseco a las almas, sino intrínseco a ellas, las modela desde adentro mientras las atrae con fuerza.

"Quien ama a Jesús -él dice- ya es santo". El amor de Jesús es santificador. Por eso es el único camino, la única verdad, la única vida.

8.- Al lado de Jesús se presenta su santísima Madre. Sería inútil buscar en la obra de Frassinetti la sistematicidad de una mariología. María está presente en todos lados, como están presentes todos los motivos para una completa mariología.

Hay que decir que aquella nota de tranquila serenidad y de penetrante dulzura, que caracteriza la teología espiritual del devotísimo hijo de María, es fruto de la presencia de la Madre.

Entonces ascética mariana.

Finalizando: todas estas características y otras, que podrían ser evidenciadas en un estudio más amplio que una simple presentación, muestran la actualidad de la enseñanza ascética de Frassinetti, su validez y su eficacia.

Muchas realidades estupendas del mundo espiritual y de la teología mística y ascética han sido descubiertas y profundizadas después de él, como consecuencia de un cristología y una antropología más profunda y científica y del estudio de la Iglesia: en sí misma y en cuanto presente en una realidad histórica

de un mundo siempre mutable.

Todas estas riquezas añaden, no restan: acrecientan, no empobrecen, todo lo que el Siervo de Dios había indicado a las almas, porque alcanzan el fin al cual la admirable bondad del Amor divino las ha llamado.

* * * *

PARA MAYOR GLORIA DE DIOS

ÍNDICE

PRESENTACIÓN

PRIMERA PARTE-BIOGRAFÍA- La familia_____

Cura-párroco_____

La personalidad_____

La época histórica_____

Fecundidad del exilio_____

Acción pastoral_____

Pastoral vocacional_____

Formación del clero_____

Actividad organizativa_____

Servicio parroquial_____

Apóstol para todos_____

Asociaciones_____

Mutuo socorro_____

Incremento de la fe_____

Hijas de María Inmaculada_____

Amigo de Don Bosco_____

Apoyo para su hermana_____

La última tarea_____

Los que quedaron_____

SEGUNDA PARTE-TEOLOGÍA ESPIRITUAL_____

FUENTES: I La Sagrada Escritura_____

II Los santos Padres y escritores sagr._____

III Concilios y doctrina de la Iglesia_____

IV Maestros de teología espiritual_____

V Experiencia pastoral_____

ESTILO LITERARIO_____

DOCTRINA ESPIRITUAL FRASSINETTIANA

I Premisa_____

II Universal vocación a la santidad_____

III Concepto de santidad_____

IV Camino hacia la perfección_____

A. Deseo de santidad_____

B. La purificación del alma_____

C. El ofrecimiento de sí a Dios_____

D. La dirección espiritual_____

- E. La oración _____
- F. Comunión frecuente y diaria _____
- G. La devoción a la Virgen _____
- H. Modelo de santidad: Jesucristo _____
 - 1. La vida de J. fue simple y común _____
 - 2. El J. ejemplar es el J. del huerto _____
- I. La virginidad y el celibato _____
 - 1. La más bella de las virtudes _____
 - 2. La primera aspiración _____
 - 3. Debe ser practicada por todos _____
 - 4. Comunión frecuente: el mejor medio _____
 - 5. Ser apóstoles de la virginidad _____
 - 6. Castidad como ideal realizado _____

CARACTERÍSTICAS Y ORIGINALIDAD DE LA TEOLOGÍA
ASCÉTICA FRASSINETIANA _____

- 1. Ascética para todos _____
- 2. Ascética de la serenidad _____
- 3. El camino de la santidad es fácil _____
- 4. Ascética activa _____
- 5. Ascética que se interioriza en oración _____
- 6. Ascética abierta, libre, para todos _____
- 7. Teología espiritual cristocéntrica _____
- 8. Ascética Mariana _____
- Finalizando _____